

# **FUJI Y YO**

**“HE SALIDO A VER SI ME ENCUENTRO”**

**FRANCESC ZAMORA**

**Fecha de publicación:** Septiembre de 2016

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

**@El Observador Observado**  
<http://elobservadorobservado.com/>

*Este libro está dedicado a todos mis familiares y amigos. A todos los que me han acogido en sus casas en los distintos países por los que he viajado. Gracias a todos vosotros compañeros.*



**6 de mayo de 2015**

Siempre me ocurre lo mismo. La noche anterior a cualquier viaje los nervios me impiden dormir cómodamente. No dejan descansar la mente, quien se revuelve de un lado para otro entre imágenes e ideas. No logro entrar en un estado de sueño profundo. Puede que sea porque los sueños están a punto de convertirse en realidad, porque estoy a punto de partir. Pero, ¿partir hacia dónde? La verdad es que no está del todo claro. Hacia el Este es lo único que sé con certeza, hacia otros países, hacia otras culturas, hacia lo desconocido. Tengo una vaga idea de que países me gustaría visitar pero no he querido fijarme muchos objetivos. Para mí, lo más importante es lanzarme a la aventura. Cuánto dure esta o hasta dónde pueda llegar no es tan importante como parece. No son las distancias lo que nos hace salir victoriosos o perdedores en una aventura, sino más bien las experiencias que vivamos durante el camino. Así es como siempre lo he visto. Italia, Croacia y Bosnia y Herzegovina son países que me gustaría ver. Aunque quien sabe lo que sucederá, quizás logre llegar a Grecia, y porque no, a Turquía o Irán como tantas veces he soñado. Es lo que tienen los sueños, no conocen las distancias. A quienes me han preguntado les he contado la verdad. Con mi presupuesto y el tiempo del que dispongo podría llegar a Irán, que visto en un mapa del mundo cae bastante lejos de casa. Pero realmente no sé cómo va a transcurrir el viaje. ¿Y si enfermo por el camino? ¿Y si tengo algún accidente? ¿Y si me canso de viajar? ¿Y si decido quedarme en algún lugar por un tiempo? Las variantes son infinitas y eso lo hace realmente emocionante. No han faltado risas entre los amigos estos últimos tiempos mientras lo preparaba todo. También ha habido muchos consejos, algunos útiles y otros a evitar. Ánimos por parte de todos. Y es que todos ellos forman parte de mí, de este viaje y de mi vida. No soy gran cosa sin todos los que me rodean y hacen de mí la persona que soy. ¿En busca de qué? ¿Cuál es el propósito? ¿Por qué? Es lo que me han preguntado en numerosas ocasiones. Digamos que salgo en busca de algo que todavía desconozco, en busca de respuestas a algunas preguntas que tengo y sobre todo en busca de nuevas experiencias. Salgo en busca de mí mismo y de lo que venga por el camino. En busca de personas que por el momento desconozco y de lugares de los que me enamoraré. Todo eso y mucho más está allí fuera esperándome, y hoy es el día en el que salgo a por todo ello.

Siento frío en los pies y pesadez en los ojos, son las seis y media de la mañana de este seis de mayo tan esperado. Pongo agua a hervir y hecho un sobre de té "earl grey" y azúcar en la taza. Mientras el agua se va calentando poco a poco, acabo de preparar mis mochilas en la habitación. Tan solo necesito añadir unas pocas cosas más y verificar por tercera vez que no olvido nada. Hace ya un par de meses que las maletas ocupan parte de mi pequeña habitación. He ido añadiendo y quitando cosas durante las últimas semanas. Haciendo y deshaciendo, montando y desmontando para dar con los ajustes ideales. A los pocos minutos se despierta mi hermano quien se prepara un café que desprende un fuerte olor, como cada mañana. Ambos nos sentamos en el salón, en silencio. Apenas intercambiamos unas pocas palabras. Yo estoy nervioso, él, tranquilo. El cosquilleo en el estómago es cada vez más fuerte, me tiemblan las manos y mi cuerpo tirta ocasionalmente sin que pueda evitarlo hasta que llegado el momento, bajamos la bicicleta y todas las mochilas hasta el portal interior de casa. Una a una, las voy colocando en su lugar. Tres en la parte trasera de la bicicleta, junto con la tienda de campaña que queda bajo el sillín. Dos mochilas en la rueda delantera y también una en el manillar. Todo lo que necesito está montado sobre Fuji, mi nueva bicicleta y compañera de viaje. Fuji es su nombre y también el de la marca originalmente japonesa que ha fabricado esta bella máquina. La primera vez que la vi en casa, aun sin montar y con las espumas protectoras del embalaje cubriendo su cuadro de color verde oliva me sentí como un niño en navidad. Sentí desde el primer instante que nos íbamos a llevar bien, que seríamos buenos amigos por mucho tiempo. Las bicicletas son más que pedazos de metal, son más que dos ruedas. Son libertad, son sonrisas y felicidad, y si uno presta atención, las puede oír hablar.

Nos quedamos un momento mirando a Fuji y su cargamento. Me pregunto si seré capaz de hacerla avanzar con tanto peso en sus mochilas, tan solo la he probado una vez cargada, y en plano, en el parking de casa hace un par de días. ¿Serán mis piernas los bastante fuertes para hacerla avanzar? No lo creo, aunque se harán fuertes con el tiempo, de eso no cabe duda. Abrazo a mi hermano y nos decimos hasta pronto bajo los primeros rayos de sol que iluminan el día de hoy. Salgo a la calle y me monto sobre Fuji. "Vamos allá" le digo emocionado mientras doy mi primer golpe de pedal en dirección el puerto de Envalira. Hacia su cima, a once kilómetros cuesta arriba desde la puerta de casa. Hace frío pero el cuerpo se calienta rápidamente mientras asciendo los primeros cientos de metros de mi viaje. Los nervios y los temblores han desaparecido en cuanto he empezado a rodar, los he dejado atrás y no creo que vuelva a verlos

jamás. Cruzo Soldeu, desértico a estas horas de la mañana. Luego viene Bordes de Envalira, y a la salida de este cúmulo de edificios hay el único tramo plano de los once kilómetros de puerto en el que las piernas y trasero pueden descansar brevemente antes de atacar las ocho grandes curvas. Es la primera vez que subo este puerto con tanto peso, unos 55 kilos en total contando la bicicleta. Izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda y al fin la última curva hacia la derecha para llegar, tras algo más de una hora y media desde que salí de casa a la cima del puerto. Mis ojos se humedecen, una lágrima recorre mi mejilla izquierda sin que yo la detenga. 2408 metros de altitud. Me siento eufórico, emocionado, feliz, impresionado y orgulloso de mi mismo. Mientras Fuji descansa junto a un montón de nieve al borde de la carretera yo disfruto de las vistas únicas que me ofrece la cima. Me convenzo cada vez más de que con empeño y esfuerzo todos podemos cumplir nuestros sueños. Cierto, esto acaba de empezar, pero ya estoy donde quería estar. Este puerto, era para mí, el primer gran reto. Siempre he pensado que si lograba llegar a su cima con Fuji y todo el equipaje a cuestas, lograría llegar a donde quisiese. Eso es lo que voy a averiguar ahora.

Me lanzo cuesta abajo para llegar al último pueblo antes de cruzar la frontera francesa. La bicicleta, con todo su equipaje, coje velocidad rápidamente y aunque es más estable de lo que pensaba debo ir con cuidado, no me gustaría estrellarme el primer día de viaje. Me paro en el Pas de la Casa a tomar un té caliente en una terraza. Charlo con el camarero, quien me cuenta que me ha adelantado en la subida del puerto con su moto y me pregunta hacia donde me dirijo. *“Hacia el Este, quizás llegue a Turquía o quizás incluso a Irán, no lo sé muy bien”* digo, y al mismo tiempo que pronuncio esas palabras me imagino en algún país lejano pedaleando por carreteras perdidas bajo un sol abrasador, en plena lucha interna y externa en contra de los elementos tanto físicos como mentales.

*“Adiós Andorra”* susurro. Dejo el país de los Pirineos atrás y pienso en todo lo que esta por venir en los próximos días, en las próximas semanas o incluso meses. Si yo mismo desconozco dónde me llevará Fuji, nadie podría saberlo. A menos que exista un destino escrito para cada uno de nosotros. Me paro en varias ocasiones para calentarme cuando el sol se abre paso entre unas nubes espesas. Voy bien abrigado pero aun así siento el frío en todo el cuerpo. Tyler me ha regalado una chaqueta de plumas para el viaje que mantiene mi torso caliente, sin embargo, las piernas y los pies están congelados. Voy cruzando pequeños pueblos franceses familiares mientras desciendo cada vez más por valles verdosos con algunas manchas de nieve en

las alturas. El invierno no ha sido muy bueno, aunque ha sido invierno, todavía quedan restos de nieve esparcidos en el paisaje. Pasadas las dos del medio día llego a “Luzenac”, un pueblo conocido por los polvos de talco extraídos de sus minas en el que encuentro un camping económico donde pasar la primera noche. Es la primera vez que uso mi nueva tienda de campaña, el saco de dormir y algunas otras cosas compradas para la ocasión. Parte del material es nuevo aunque también tengo muchas cosas viejas de otros viajes. El objeto estrella esta vez es una silla plegable y ligera con la que podré sentarme cómodamente en cualquier lugar. Apenas pesa novecientos gramos y aunque para un viaje en bicicleta es mucho peso, realmente vale la pena. Abro por primera vez mi diario y empiezo a escribir en él mis sensaciones, que no son pocas. Al fin estoy en la ruta, después de tanto tiempo ahorrando para esto, tanto tiempo esperando a que llegase este preciado día. No puedo dejar de pensar en todo lo que me espera, en lo que gozaré o sufriré, en lo distinto que será todo lo que hasta ahora he imaginado y que estoy a punto de conocer. Y es que por mucho que haya soñado todas las noches de los dos últimos años con este viaje, lo que voy a vivir será completamente distinto a lo que mi mente ha pintado en el lienzo de los sueños. Eso es lo mejor de todo.

Hace exactamente cuatro años, día por día, empezaba mi primer viaje en bicicleta. Salí también desde la puerta de casa y sobre la misma hora, aunque en aquella ocasión fui hacia el sur. Crucé toda España con un objetivo en mente que cumplí al cabo de un mes y medio viajando por tierras que desconocía. Crucé España de norte a sur para llevar las cenizas de mi padre a su tierra natal. Córdoba. Aquel viaje, sin duda alguna, me cambió por siempre. Fue el principio de muchas cosas en mi vida. Aprendí I sobre mi mismo y sobre la vida cosas que nunca hubiese imaginado. Fue tan grata la experiencia de viajar sobre dos ruedas, en silencio, en solitario pero acompañado a la vez, que me dije que algún día volvería a salir con una bicicleta por el mundo. Y aquí estoy ahora, en mi primer día de viaje en dirección Este, también hacia tierras nunca vistas por mis ojos y con unas ganas tremendas de descubrir nuevos horizontes, de ser libre mientras viaje y de conocerme mejor.

*“Esto acaba de empezar”*



*“Un viaje sobre dos ruedas, sin horarios, sin obligaciones, sin planes ni destinos. Lo que en su día fue un sueño es ahora mi realidad”*

**7 de Mayo de 2015**

La noche ha sido húmeda, aunque no he pasado demasiado frío. Sin embargo, me ha despertado un fuerte dolor de cuello, la almohada que llevo es hinchable y no es nada cómoda. Es la misma almohada que usé en el 2011 y que compré en el Decatlón por tres euros. Está más que amortizada, un viaje en bici de 1500 kilómetros, otro en autoestop de 1300 kilómetros y ahora este que acaba de empezar. Eran las tres de la mañana cuando los pinchazos en el lado izquierdo del cuello me hicieron abrir los ojos y aproveché para ir a orinar. Salí con la frontal para no tropezar en los escalones que separan mi parcela de los aseos y se podía ver una densa niebla allá dónde enfocase en un silencio absoluto. He tenido varios sueños extraños. En uno de ellos un grupo de adolescentes golpeaba mi tienda de campaña y me robaba el dinero y la bicicleta a pesar de mis suplicas. Por suerte lograba recuperarlo todo. *¿Será el miedo a que me arrebaten todo cuanto tengo lo que ha generado este sueño?* Probablemente. He trabajado durante casi dos años seguidos para ahorrar el dinero necesario. Todo lo que tengo está invertido en este viaje y si lo perdiese sería un golpe duro. Pero no le voy a dar mucha importancia, tan solo fue un sueño. Sé de antemano que llegaré allá dónde a través de mis sueños ya he estado y encontraré lo que ando buscando. Todo va a salir bien.

- **¿Estás preparada?** Le pregunto a Fuji.

-**Siempre lo he estado, ¿y tú?**

- **¡Yo estoy listo para lo que venga!** Contesto eufórico.

Los primeros metros son cuesta abajo y cuanto más velocidad alcanzamos, mayor es la sonrisa que se dibuja en mi rostro. Ya no importa ni la hora ni el día. Mi cuerpo va a dictar a partir de ahora las pausas para reposar, dormir, comer o hacer lo que me venga en gana. Un sándwich de jamón con queso de cabra, una porción de pizza y una napolitana de chocolate para el momento presente es lo que compro tras llevar pocos kilómetros rodando en dirección al camping "Belrepayre", propiedad del padre de Merlin. Hacia allí me dirijo, por pequeñas carreteras secundarias en las que me pierdo en dos ocasiones por no seguir las indicaciones de un granjero de la zona. No importa, tarde o temprano llegaré. En un pequeño cúmulo de casas unos perros me atacan y muerden el pie derecho como si fuese esta una amenaza mortal para ellos, mi cuerpo se engarrota por el miedo y

mis gritos hacia los animales no hacen más que enfurecerlos. Finalmente a mi rescate el dueño de una de las casas.

Afortunadamente llevo buenas zapatillas de montaña y apenas he notado el mordisco. Sigo por un camino pedregoso al principio, con una gran cuesta embarrada a los pocos metros y que termina en un camino lleno de pasto que se traba en las ruedas, en los frenos y en las mochilas laterales de Fuji. Gasto mis últimas fuerzas para llegar a la verja de color azul del camping de Merlín, donde me dan la bienvenida unos rayos de sol que se reflejan en las caravanas de aluminio Airstream de las que está compuesto este lugar. *¡Está lleno de tesoros por todas partes!* Un autobús inglés de dos plantas en el que vive Coreo, el hermano de Merlín, otro autobús americano amarillo como el que todos hemos visto alguna vez en las películas y cientos de objetos de circo esparcidos entre bellas flores con un precioso paisaje alrededor.

Una vez limpio y relajado, noto como las piernas empiezan a quejarse. Un fuerte dolor en los muslos me obliga a untarme de crema con la esperanza de que tan solo sea algo pasajero. Merlin me propone quedarme otro día más y no partir por la mañana como tenía previsto, así le podría echar una mano con su caravana. Acepto con gusto participar en su proyecto, no creo que se me presenten muchas oportunidades de restaurar una Silver Streak del 49 en el futuro por poco que sea lo que haga mañana. Quiere pagarme por las horas que trabaje, pero me niego a recibir dinero a cambio de mi mano de obra. Sin embargo, acepto su hospitalidad, un buen plato de comida y una cama es todo lo que necesito.

**9 de mayo de 2015**

**-¿A dónde vamos?** Me pregunta Fuji.

**-Hacia el Este, es lo único que ahora sé con certeza, ¿te parece buena idea?**

**-Me parece estupendo, tengo ganas de llegar muy lejos, y el Este, podría estar a miles de kilómetros de aquí...**

Así es, Fuji habla, y yo, la puedo oír. ¿Serán delirios? ¿Será mi propia mente quien genera sus palabras? ¿Será que en realidad mantengo una charla conmigo mismo? No, Fuji habla de verdad, el hecho de que tan solo yo pueda oír lo que dice no significa nada...

La carretera es buena y Fuji se porta bien. Los brazos están algo cansados por las varias horas que pasé ayer puliendo aluminio con Merlín. Es un trabajo costoso, pero uno lo hace con gusto. Los dolores en las piernas, todavía presentes, quedan en segundo plano mientras me adentro en "Mirepoix" para volver a ver tras largos años "La Place des Couverts", que está rodeada por porches y soportales de madera tallados con esculturas y entramados de los siglos XIII al XV. Es precioso, es un lugar auténtico. Me doy una vuelta sobre ruedas lentamente mientras mis ojos se deleitan con los colores de las flores que penden de los balcones hasta que encuentro una panadería donde compro algo de comida para el medio día, y como siempre, una napolitana de chocolate para el momento presente.

A partir de aquí, todo va a ser completamente nuevo. Apenas conozco esta región de Francia y el hecho de viajar en bicicleta, con la velocidad reducida que ello conlleva, hace que los pequeños detalles resalten a la vista del viajero. Los viñedos en ambos lados de la calzada ondulada, el sonido del calor y el color de las pequeñas brisas de aire, todo, está ahí para que le prestemos atención. Consciente de todo ello, un pequeño halcón, posado en el tendido eléctrico a apenas unos metros por encima de mí, observa un joven chico pedalear sin prácticamente hacer ruido en esta tranquila mañana de mayo. Hay decenas de personas sobre dos ruedas, algunos con bicicletas de carretera y muchos otros con bicicletas de montaña e incluso algunos con remolques donde niños disfrutan del paisaje que les rodea mientras les da el aire en la cara. Todos se saludan cordialmente cuando se cruzan.

- **¿Estás recorriendo el Canal du Midi?** Me pregunta un joven ciclista con alforjas.

- **No, me dirijo hacia el Este.** Contesto mientras a la vez, en mi mente, me digo que lo único que sé con certeza es el punto de partida de este viaje ya que el punto de llegada está todavía por descubrir.

Me instalo en un camping no muy lejos de la carretera general en el que los árboles son todavía jóvenes y el césped frondoso. Sentado, con los ojos cerrados, disfruto de una pequeña brisa de aire que acaricia mi espalda algo transpirada, y de repente, empiezo a oír pequeños golpes repetidos a gran velocidad cerca de mí. Al alzar la vista veo en el árbol de mi parcela, a tan solo un metro y medio de distancia, un pájaro carpintero dando golpes al tronco del árbol. Fascinado por su belleza lo observo un momento sin moverme demasiado para no asustarlo. Supongo que debe estar equipado con algún sistema de amortiguación intracraneal que habrá sido perfeccionado a través de los años de evolución para que no le entren dolores de cabeza. En cuanto me decido a sacar la cámara de la mochila para intentar fotografiarlo, este, me mira de reojo y se marcha volando en un abrir y cerrar de ojos. Quizás ese momento no debía ser capturado por un objetivo y debía ser tan solo para mí.

Una buena charla con Léa, quien llega al camping con una bicicleta cargada hasta arriba hace que la tarde pase volando. Ha salido a probar el material recién comprado para iniciarse en el cicloturismo. Una pequeña salida de tres días con la que estoy seguro se enamorará de esta peculiar forma de viajar. Es una chica interesante, con muchas ganas de lanzarse a la aventura que le espera en unos meses cuando la empresa para la que trabaja le otorgue unas semanas libres. Otro ciclista llega cuando ya casi es completamente oscuro sobre una bicicleta de montaña con remolque. Este, recorre el "Canal du Midi". Intercambiamos unas pocas palabras mientras instala su hogar portátil. Su remolque llama mi atención, me había planteado comprar uno para este viaje, pero al final me decanté por las clásicas alforjas, igual que hice en el 2011 y que tan bien me fue. Un último té para acabar este día se vierte en nuestras tazas plásticas mientras poco a poco el sol se va poniendo, haciendo que cambien los tonos del paisaje, trayendo un silencio acogedor con el que todo el mundo queda dormido en pocos minutos. La tranquilidad reina ahora aquí.

*“Lo más duro en todo viaje es todo lo que hay antes de la fecha de salida. Una vez te has lanzado, lo más difícil ya está hecho”*

**11 de mayo de 2015**

- **¿Cuánto pesa tu bicicleta?** Me pregunta el dependiente de un pequeño supermercado en el que me detengo a comprar comida para el día.
- **Unos cincuenta kilos más o menos.**
- **¿Hacia dónde vas?**
- **Hacia el Este, de momento quiero llegar a Italia para luego seguir por la costa en dirección a Grecia, aunque todavía no sé muy bien por qué países pasaré.**
- **¿Dónde duermes? ¿Cuántos kilómetros avanzas al día? ¿No tienes miedo a viajar solo?**

Estas y muchas más preguntas salen de la boca de este señor fascinado por Fuji hasta que su mujer, atenta a la conversación, añade riendo:

**- Si tanto quieres saber sobre viajar en bicicleta vete unos días con él, seguro que nos vendrá bien a los dos.**

Anoche dormí en el borde del lago de “Jouarres” después de haberme perdido en varias ocasiones por pequeños caminos entre viñedos sin que los mapas previamente descargados en mi teléfono pudiesen ayudarme a encontrar la ruta correcta. Aunque al final, uno siempre encuentra su propio camino. Estrené al fin mi pequeña hamaca portátil que instalé entre dos árboles cerca del agua y disfruté de la tranquilidad del entorno hasta que decidí plantar la tienda poco antes del anochecer.

Tan solo la primera capa, que es una gran rejilla a través de la cual se pueden ver las estrellas por la noche haciendo que uno se pregunte muchas cosas. ¿Estando solos en el universo? ¿Estarán allí arriba, flotando y observando, los seres queridos que nos dejaron? ¿Existirá el paraíso? ¿Es el universo infinito? ¿Está nuestro destino escrito? Quien sabe... Somos tan diminutos en este universo y sin embargo tan grandes nos creemos... Los dolores en las piernas se han reducido considerablemente, parece como si mi cuerpo ya estuviese aclimatándose a la rutina que supone pedalear todos los días. Por otra parte, las primeras quemaduras en las manos y antebrazos han surgido en mi blanca piel que necesita ser untada regularmente con crema. Quizás cuando alcance una tonalidad más oscura pueda

soportar mejor los rayos de sol. El día es duro, debo recorrer largos kilómetros para encontrar un pequeño camping donde darme una buena ducha caliente con la que llevo pensando desde esta mañana. *“Hay un camping a unos doce kilómetros”* me dicen en un pequeño pueblo. *“No, aquí no hay camping, es tan solo un estacionamiento para auto caravanas, debes seguir otros ocho kilómetros y llegar al pueblo de Laurens”* me dicen al llegar, y, tras ocho más, mis oídos oyen: *“En Laurens no hay camping, debes seguir otros 4 kilómetros”* Al fin, tras una larga cuesta en la que dejo un pequeño rastro con las gotas de mi sudor encuentro el camping donde instalo la tienda bajo un árbol y me doy una larga ducha caliente que relaja mis muslos enarrotados.

Si bien mi presupuesto me permite pernoctar en campings o incluso en albergues según su precio, quiero probar también con las redes sociales. En *“Warm showers”* se ofrece alojamiento para los viajeros sobre dos ruedas por todo el mundo. Algunos ofrecen una cama, una cena, usar los servicios o acampar en sus jardines. Envío varios mensajes a varios miembros que residen más o menos en la dirección en la que viajo. Estoy seguro de que conoceré buenas personas con las que compartir buenos momentos, historias y consejos en esta aventura.



**13 de mayo de 2015**

*¿Dónde dormirás? ¿No tienes miedo de viajar solo? ¿Cuánto piensas avanzar cada día? ¿Y si te ocurre algo malo?* Estas y muchas otras preguntas son las que me han hecho en las últimas semanas antes del viaje a lo que a veces me costaba contestar. “No lo sé”, era la respuesta más utilizada, también la más sincera. Y es que son cosas que uno no puede saber con certeza. No es la primera vez que viajo y quizás sea gracias a mi experiencia por lo que todas esas preguntas no tienen tanto sentido como hace unos años atrás. Otras veces he viajado en autoestop cruzando países enteros, en auto caravana para descubrir tierras lejanas de este continente, en bicicleta por España y en avión a muchos otros países. Nunca me he cuestionado tales cosas como si siento miedo al viajar solo o sobre donde dormiré. Llevo una tienda de campaña y con eso basta para dormir allá donde lo necesite. Si no quisiese que este viaje fuese emocionante viajaría en autobús o en tren, tendría horarios y rutas planeadas, reservas de hotel y obligaciones. Pero quiero que sea distinto, que sea una pequeña aventura sin planes ni horarios.

Francia tiene miles de pequeños pueblos encantadores que conservan en sus calles toda su historia y costumbres. Las fachadas de los edificios que con tanto esfuerzo se decoraban en el pasado resaltan todavía más cuando uno ve las atrocidades arquitectónicas de la era moderna alzarse alrededor. Se ha dejado de hacer las cosas correctamente para hacerlas económicamente. En cuanto a conservar los vestigios del pasado los franceses son los mejores. Castillos, murallas y ciudadelas por todas partes se rigen como si el tiempo no hubiese transcurrido. No como en otros países donde estas obras de arte son destruidas para reemplazarlas con bloques de cemento o mares de alquitrán. Un alquitrán ahora caliente por el sol y al que vuelvo tras recorrer las calles de “Pézenac”, con ganas de avanzar. Con Italia en mente. Y es que por mucho que me guste Francia, este país me es muy familiar. Haber estudiado en la escuela francesa toda mi infancia y viajado numerosas veces a este país vecino del Principado de Andorra hace que me sienta un poco francés por decirlo de alguna manera. Italia, sin embargo, será algo nuevo. He viajado en dos ocasiones a sus tierras pero por estancias cortas. Conozco vagamente su idioma e ignoro gran parte de su historia o costumbres. Tengo ganas de que me hablen en otro idioma y quiero probar otras comidas. Que me cueste leer los letreros y que se rían de mi cuando intente decir algo.

Tras un largo paseo por un pequeño pueblo llamado “Malevet” del cual salía una música medieval que hizo que mi paseo a pie con Fuji fuese encantador, llego a “Lézenac”, el pueblo donde me acoge Pierre-Paul. Soy recibido con una gran sonrisa cuando llego a través de la gravilla hasta el jardín de la casa. Fuji dormirá esta noche en el garaje junto con dos bicicletas más, listas también para partir mañana en una travesía por la región de un par de días. Este profesor de matemáticas y su mujer, quienes me hospedan esta noche, son grandes apasionados por las dos ruedas y siempre que disponen de algo de tiempo libre salen a pedalear. Se suceden charlas interesantes sobre muchas cuestiones distintas. Me aconsejan rutas y pueblos por ver. También lugares a evitar que me muestran en unos viejos mapas desplegados en la gran mesa del jardín. Les hago decenas de preguntas sobre muchas cuestiones, su experiencia tanto en la vida como en los viajes hacen que estas dos personas sean un gran manual práctico para mí y para cualquiera. Hay una conexión entre ellos dos que raras veces he visto, una complicidad tremenda y mucha sinceridad en cada una de sus palabras y miradas. Calculamos la mejor ruta para llegar a Italia, y, de entre varias opciones, me decanto por la carretera nacional D900 que pasa por “Apt”, luego viene un desvío por otra carretera y vuelta a la D900 para seguir por la “Barcelonnette” y el puerto de “Larche”. Tras decidir la ruta por la que cruzaré parte de los Alpes, me ofrecen ser un mensajero durante unos días. Christine, una amiga de mis anfitriones, vive en “Apt”. Allí regenta una pequeña panadería y mi tarea será entregarle una carta que guardo delicadamente en la mochila del manillar de la bicicleta junto con mis documentos más importantes.

*"He vuelto a la aventura"*

**15 de mayo de 2015**

- **Aquí no hay nadie...** Le digo a Fuji después de llamar repetidamente al timbre de la recepción del camping.
- **¿Qué hacemos?** Me pregunta, sabiendo cual va a ser mi respuesta. Miro a Fuji, miro a la recepción, y vuelvo a mirar a Fuji.
- **Nos vamos sin pagar.** Le susurro para que no nos oigan.

Nadie se ha preocupado más que yo por pagar, nadie ha venido a cobrarme por mi estancia desde que llegué ayer por la tarde al camping. El chico que me atendió en mi llegada me dijo de no preocuparme. Dijo que el encargado vendría a verme, aunque no lo hizo. Y de haber tenido los ocho euros que cuesta mi estancia los hubiese dejado en la recepción, pero tan solo llevo un billete de veinte euros y algunas monedas sueltas. Salimos del camping y tan solo yo miro atrás de vez en cuando, en busca de alguien que me persiga. Fuji mira al frente pensando en cuestiones que desconozco.

- **¡Cuidado, la policía!** Dice Fuji riendo tras varias curvas.

Aun sabiendo que no es cierto, se me acelera el corazón, y mis piernas, sin que yo lo ordene, pedalean con más fuerza durante varios cientos de metros. Nunca antes me había marchado sin pagar. Soy consciente de que no es correcto, aunque ha sido emocionante. Llego a "Uzés", una pequeña ciudad encantadora cuyas calles del casco antiguo no dejan indiferente a nadie. Muchas fachadas y calles no han visto el tiempo pasar y siguen igual que fueron en tiempos de antaño. Ahora, cientos de años más tarde, las calles son invadidas por miles de turistas en busca de historia, sabores y suvenires. Uno debe abrirse paso entre la multitud en las estrechas calles peatonales y dejarse llevar por la parsimonia de los habitantes. Descubro varios rincones preciosos donde saco buenas fotografías. Me pierdo en sus calles durante algo más de una hora con Fuji, compro una barra de pan artesanal de la cual me como la punta mientras noto los adoquines bajo mis pies al cruzar poco a poco esta pequeña ciudad que quedará grabada en los recuerdos.

Lentamente, las nubes van cubriendo el cielo, la temperatura desciende unos pocos grados y me invita a cubrirme un poco. Cruzo el río "Le Rhone" por un viejo puente en el que siento bajo los neumáticos las fuertes vibraciones del acero provocadas por los camiones que circulan no muy lejos de mí, es impresionante. Cuanto

más me acerco a “Chateauneuf du Pape”, más ciclistas me cruzo. Muchos con alforjas, bien vestidos y con buenas bicicletas. Una vez en sus calles veo decenas de personas bajarse de autobuses extranjeros en busca de cavas donde degustar los vinos que por aquí se producen. La sangre de Cristo embotellada a precio de oro se vende aquí como en ningún otro sitio. No me detengo, cruzo el pueblo observante y silencioso hasta llegar a un diminuto parque con un gran monumento dedicado a los caídos de la segunda guerra mundial. La lista gravada en la roca con el nombre de las personas fallecidas durante el conflicto es larga para un pueblo tan pequeño. Muchos murieron siendo unos niños... Estos monumentos que recuerdan todos los que se marcharon antes de hora de este mundo los hay en muchos lugares. No solo nos recuerdan a los caídos sino también la estupidez de nuestra especie por luchar los unos con los otros.

El viento empieza a soplar cada vez con más fuerza. Sopla en mi contra o por los lados, pero nunca por detrás. Me frena, pero no me detiene. Después de varios sustos menores en los que pierdo el equilibrio, mientras agarro el manillar con todas mis fuerzas, llego a “l’Isle sur la Sorgue” donde pago por adelantado por mi parcela en un pequeño camping acogedor donde voy a poder recargar tanto las pilas de mis aparatos electrónicos como las de mi cuerpo.

**17 de mayo de 2015**

Olía a pan recién hecho y frutas frescas. La ropa colgaba de las paradas de un mercadillo que se extendía por varias pequeñas calles del centro. Fuji acariciaba con sus mochilas a los caminantes mientras yo me disculpaba de vez en cuando para abrirme paso en los tramos más estrechos. Con el dibujo que Pierre-Paul me hizo, con las indicaciones para llegar a la panadería, pude ubicarme entre la multitud. *“Tengo una carta para ti”* le dije a Christine mientras la sacaba de mi mochila para entregársela. Miró la carta, me miró a los ojos y volvió a mirar la carta con una gran sonrisa. *“¡Gracias!”* Exclamó con alegría. Misión cumplida, la carta ha sido entregada satisfactoriamente. Dejé “Apt” atrás para seguir con mi camino en dirección a Italia, por unas carreteras duras en las que transpiré más que nunca para llegar a un pequeño “Gite” donde mi cuerpo cayó rendido en la cama como si fuese un pedazo de carne muerta. Un baño caliente alivió un poco los dolores.

Hoy, mis piernas parecen seguir en coma. Aun así me pongo en marcha después de revisar las mochilas y dejar en la habitación algunas cosas que no creo que vuelva a utilizar. No es tanto por reducir el peso que llevo sino más bien por reducir las pertenencias que viajan conmigo. Busco simplicidad dentro de la complejidad. Avanzo a un ritmo absurdamente lento mientras mis piernas me exigen parar y mi mente seguir. Realmente me gustaría hacer buenos kilómetros hoy, no me faltan las ganas, pero no tengo las fuerzas necesarias. Así pues, sobre el medio día veo un letrero de camping y sin dudarlo, me rindo. ¿Qué me sucede? ¿Será que no estoy preparado para todo esto físicamente? Probablemente. Mi delgado cuerpo no tiene todavía las fuerzas necesarias para pedalear todos los días. Planto la tienda en una de las pocas parcelas con sombra y me hecho a dormir. Al despertar como algunas cerezas cosechadas en el camping y me estiro en la hamaca que he instalado entre dos pequeños árboles de mi parcela. El no hacer nada está menospreciado, porque hay momentos en los que no hacer nada es más productivo que hacer muchas cosas. Mientras observo una hormiga caminar sobre el cordel de la hamaca que da la vuelta al árbol ordeno algunas ideas en mi mente y aclaro algunas dudas. Converso conmigo mismo sin pronunciar palabra alguna.

Pienso en todos los relatos de ciclistas que he leído en los últimos meses, en muchos de ellos avanzan más cien kilómetros al día. Por un instante me siento ridículo al ver la media diaria que estoy logrando

yo. Pero tan solo un por un instante, porque sabía desde el principio que esto iba a suceder. No soy un gran deportista, tan solo un amante de los viajes y de las bicicletas, y no he salido para demostrarle nada a nadie. He salido a viajar, a gozar de la vida y de sus pequeñas cosas que la hacen extraordinaria. Yo no soy ellos, yo soy yo mismo y así lo acepto. *“Cuando estés cansado, descansa. Cuando tengas sueño, duerme. Cuando tengas hambre, come.” Eso es lo que siempre me he dicho en todos los viajes. “Vive”*

Mecido por el viento y arropado por los rayos de sol que de vez en cuando llegan a mí entre el follaje de los árboles quedo dormido de nuevo. Mis músculos se relajan y caigo en un estado de sueño profundo donde poco a poco los dolores se desvanecen.

*“Que dura es la lucha interna que uno tiene cuando el cuerpo te exige un descanso a la vez que la mente te pide seguir unos kilómetros más.”*



**19 de mayo de 2015**

- **Es muy estrecho.** Dice Fuji cuando estamos a punto de adentrarnos en un pequeño túnel sin iluminación alguna. Mientras me pongo la frontal enfocando hacia atrás con la luz roja parpadeante para que me puedan ver en el caso de que venga alguien por detrás.
- **Si, sí que es estrecho, pero en media hora apenas nos hemos cruzado con algún que otro coche...** Le contesto.
- **Si algo puede suceder, sucederá. ¿Eso dicen no?**
- **Vamos a averiguarlo.** Digo cuando pongo todo mi peso sobre el pedal para adentrarnos en el oscuro túnel.

Y justo cuando estamos en el medio del túnel aparece un camión a toda velocidad por detrás, adelantando sin apenas apartarse y tocando la bocina como un enfermo haciendo que me tenga que arrimar lo máximo posible hacia mi lado derecho para detenerme mientras el polvo que levanta el peso pesado se mete en mis ojos. *“Si algo puede suceder, sucederá”* oigo en mi mente. Se hace el silencio tras unos segundos y vuelvo a quedar solo en el túnel, detenido, pegado contra la pared y con el corazón palpitando velozmente. En más de ocho cientos kilómetros recorridos no me había asustado tanto como ahora. Es la primera vez, y no creo que sea la última.

Las nubes se oscurecen a cada kilómetro que recorro hasta que desde las alturas empiezan a caer gotas sueltas que acaban impactando en el bello paisaje que me rodea. Le pongo las fundas a las mochilas de la bicicleta y el poncho al cuerpo. Estreno el material de lluvia junto al embalse de “Serre Ponçon” con sus aguas de color azul intenso. Las vistas son impresionantes, el momento único. Lo gozo durante casi una hora en la que saco varias fotografías para luego verlas en la pequeña pantalla de la cámara y sonreír al verme. Parece como si el cansancio se desvaneciese cuando uno goza plenamente de lo que le rodea. Estos pequeños momentos hacen de la vida algo increíble. Cuando la sonrisa se dibuja automáticamente en el rostro del individuo, tan solo puede significar una cosa. *“Felicidad”*. Estoy de pleno en la aventura con la que tanto tiempo he soñado. No puedo pedirle más a la vida en este momento. No importa que dentro de unos meses vuelva a casa sin dinero y deba volver a empezar de cero para sumar unos euros en la cuenta bancaria, no, eso no importa. Lo que sí importa es lo que me llevaré dentro de mí tras finalizar este viaje. Las experiencias que quedarán grabadas por siempre son de un valor incalculable y estoy seguro de que serán muchas.

Mañana debería llegar a “St.Ours”, donde Jöel y su familia me acogerán por una noche en las alturas de estas fascinantes montañas. Según me han contado, tendré unas vistas increíbles aunque no sin antes sufrir por una pequeña carretera de varios kilómetros que lleva al pueblo. Estoy ya muy cerca de la frontera italiana, a tan solo dos días más de viaje. Voy a empezar a ojear mapas del territorio italiano más detalladamente para imaginar lugares y rutas por donde pasar. Pero también voy a curiosear los de otros países. Eslovenia, Croacia, Bosnia y Herzegovina... Están lejos en cuanto a distancia pero tan cerca en mi mente que ya puedo sentir a las personas con las que me voy a encontrar. Siento mucha curiosidad por Bosnia, hay algo que llama mucho mi atención, no sé lo que es, pero me llama desde lo lejos.

Tras una larga charla en la barra del bar del camping, con la mujer del dueño, quien me invita a té y galletas e incluso me regala una postal para enviarle a los amigos, vuelvo a mi pequeña casa de tela para fundirme en los sueños con el sonido de las aguas del río que tengo a mi lado.

*“Siempre he querido ser un gran aventurero. De esos que viajan durante años por el mundo y realizan sus sueños. Quizás algún día pueda marcharme, dejándolo todo, y viajar sin fecha de regreso. De momento, me contento con poder salir varios meses a la aventura, sabiendo que tendré que volver a trabajar cuando vuelva la nieve a los Pirineos. De momento, cientos de experiencias me aguardan”.*

**21 de mayo de 2015**

Las cimas de las montañas están nevadas. La temperatura ha bajado esta noche e incluso en el pueblo los coches están cubiertos por una fina capa de oro blanco. Llegar aquí fue duro, aunque bien valió la pena. Jöel, ha compartido conmigo historias sobre su vuelta al mundo en bicicleta en la que un grupo de amigos llevó, en un remolque especialmente diseñado para la ocasión y tirado por un tándem, al padre de uno de ellos quien sufre de esclerosis múltiple. Una vuelta al mundo épica para concienciar a la gente y recaudar fondos para la investigación de dicha enfermedad. Viajar en sí, es ya algo increíble, pero hacerlo al mismo tiempo que se ayuda a otras personas le da todavía más sentido a la aventura.

Me siento afortunado por haber conocido a esta peculiar familia que vive en las alturas, alejados de las grandes civilizaciones. Haber conocido a Jöel, y a la doctora de la región quien desafía las estúpidas leyes gubernamentales para ayudar a otras personas enviando productos médicos a países necesitados antes de que sean quemados, porque las farmacéuticas no desean que sean reutilizados aun estando en perfecto estado, hace que uno se cuestione ciertas cosas. Siempre y cuando uno esté dispuesto a reconocer que no hace lo suficiente por este mundo claro. Todas sus historias han quedado en mi mente, haciendo eco en esta fría mañana mientras poco a poco, me acerco a la cima del puerto de "Larche". Sus experiencias refuerzan mis ideas sobre este viaje. Siempre he querido hacer algo útil durante este periplo. He imaginado muchas veces que mi viaje terminaba en tierras muy lejanas, bajo un fuerte sol, donde regalaba la bicicleta a un joven chico. Este, emprendía su propio viaje sobre dos ruedas y a su vez, encontraba lo que andaba buscando. Es un bonito sueño y sin duda sería una buena manera de terminar el viaje. Aunque todavía quedan muchos días para que eso suceda, quedan muchas experiencias, lugares por ver, personas por conocer y momentos por vivir.

Cuanto más me acerco a la cima, más se arriman las nubes entre sí impidiendo que los rayos del sol las atravesen para calentar mi cuerpo. Algunos tímidos copos de nieve empiezan a caer a mi alrededor. Algunos se funden, otros no, al aterrizar en el asfalto. La cima, ahí está... Fría, silenciosa y abandonada. Tan solo me cruzo con dos auto caravanas y una furgoneta. Todos ellos se detienen en

cuestión de media hora para saludarme. La pareja de franceses de una de las auto caravanas me pide posar con Fuji en la carretera para sacar una fotografía del chico que ha escogido el peor día para cruzar el puerto sin mucha ropa de abrigo. Sonrío a pesar de no sentir mis extremidades, estoy contento porque la línea imaginaria que separa los dos países está a tan solo unos pocos metros por delante de mí.

*"Bon voyage"* me dicen cuando me alejo bajo unos copos de nieve cada vez más grandes. *"¡Italia!"* Exclamo con fuerza varias veces cuando al fin cruzo la frontera. *"¡Ya estamos en Italia!"* Le digo a Fuji riendo, y pasadas varias curvas, sin ya sonreír en absoluto, le digo tiritando *"Hace un frío de cojones"*. Los pies no han durado ni siquiera doscientos metros secos y toda la ropa que llevo y que me he puesto no abriga lo suficiente para mantenerme caliente. Noto como el agua se filtra por todas partes y enfría mi cuerpo rápidamente. Me detengo en varias ocasiones para refugiarme bajo pequeños tejados de casas abandonadas unos minutos, doy saltos para hacer circular la sangre que parece haberse congelado. Todo ello sin éxito. El humeante té que me sirven en una pequeña cafetería me mantiene caliente tan solo unos minutos más de bajada hasta que me detengo dentro de un largo túnel, observando la nieve acumularse en su salida. Mi cuerpo está engarrotado y tiritando sin cesar. Mi mente... No funciona correctamente, me cuesta pensar con claridad, ¿será el principio de una hipotermia? No lo sé... Tan solo sé que debo seguir y encontrar un lugar donde parar y calentarme unas horas. No voy a seguir hasta la ciudad de "Cuneo" como tenía planeado en un principio. Tras dos kilómetros, y tras una curva cerrada en la que entro a gran velocidad, me encuentro dos ovejas en medio de la calzada, quizás reflexionando sobre cuestiones existenciales mientras yo apreto con todas mis fuerzas los frenos para derrapar sobre la calzada mojada e invadir el carril contrario evitando por los pelos a una bola de pelo italiana. Ni siquiera se inmuta el animal al verme pasar a su lado con los dientes apretados. Una curva más y llego a un pequeño pueblo. "Pietraporcio" es su nombre. Entro en el primer hotel que veo dejando tras de mí un rastro de agua hacia la recepción.

**23 de mayo de 2015**

- **¿Has visto lo cerca que ha pasado ese?** Exclamo en voz alta.
- **Si, lo he notado.** Dice Fuji

Acostumbrado a las carreteras francesas y a su buena forma de conducir, Italia me hace sentir vulnerable mientras pedaleo. ¿Será cierto lo que dicen sobre que los italianos conducen mal? De momento, y en los días que llevo en el país, las primeras impresiones no son muy buenas. Por otra parte, he encontrado lo que quería. Un idioma distinto, comida sabrosa y personas sonrientes y acogedoras. Eso es lo que hace de este país un lugar al que millones de turistas acuden cada año.

Una familia italiana me alojó anoche en un pequeño pueblo. Me imaginaba a Mario como una persona adulta y no un chico de veinte y cuatro años según lo que leí en su perfil. Junto con su hermana y su madre Lucia pasamos una velada encantadora llena de risas e historias. Me sacaron una fotografía para pegarla al mapa del mundo que hay en el salón junto con los otros viajeros que han acogido en los últimos tiempos. Han llegado personas de muchos lugares lejanos hasta aquí para compartir momentos con esta familia para luego continuar con su camino hacia quien sabe dónde. Yo, soy uno de esos afortunados viajeros. Tengo la suerte de poder hacer realidad mi sueño. Aunque hoy, siento algo extraño en mí, no me siento motivado como los otros días. Me gustaría estar en casa unas horas, tumbado en el sofá y no hacer nada, o eso creo hasta que miro mis piernas en un constante movimiento para hacerme avanzar en esta aventura y recuerdo que esto es lo que he querido durante mucho tiempo. Este es mi sueño y no voy a renunciar a él ahora a causa del cansancio pasajero que me hace pensar en casa. Subo una marcha y luego otra más. Alcanzo los veinte y cinco kilómetros por hora en los planos y me fundo en el tráfico de los pueblos y pequeñas ciudades que voy atravesando. ¡Vuelo! No hay nada que me haga sentir más vivo que andar en bicicleta en este momento. Es una sensación única. Los Alpes quedan atrás, ya no veo el lugar de donde provengo, y por delante, se extiende un mundo entero por descubrir

*“La belleza no podría existir sin la fealdad”* me digo a mi mismo cuando por momentos el paisaje carece de color. Algunos pueblos son tan solo casas sin encanto mientras otros, son lugares encantadores con casas de por medio. Es parte de los viajes, no siempre se ve lo

que se quiere ver, y menos viajando en bicicleta. Si bien podría evitar ciertas regiones tomando un tren o un autobús para siempre ver los mejores lugares, es algo que no tengo intención de hacer. Quiero llegar hasta allí donde termine este viaje por mis propios medios. Es importante para mí, porque todas las experiencias que viva, sean estas buenas o malas, son las que al final del día me enseñan las cosas importantes de la vida. Sé que tarde o temprano sufriré, más de lo que pueda haber sufrido bajo la nieve hace unos días, pero así lo quiero. Porque todo ello me hará más fuerte.

“Asti” se alza a mi alrededor mientras Cristina y Marco, quienes me alojan en su piso esta noche, me dan la bienvenida con una gran sonrisa que desprende felicidad. Su casa se convierte en mi casa por una noche. Me entregan una copia de las llaves sin apenas saber nada sobre mí con lo que puedo salir a pasear y descubrir la ciudad mientras él dedica unas horas a su trabajo y Cristina sale con unas amigas. Observo, huelo y escucho la vida. Me pierdo por las calles adoquinadas de esta ciudad que durante la época medieval fue un importante centro comercial de la región, hasta que, con la caída de la noche, vuelvo a casa para que Marco me enseñe como preparar un buen sofrito para la pasta. Para que tras la cena con Marco y Massimo, estos saquen un libro con acordes y una preciosa guitarra con la que me dedican una canción para desearme buena suerte en mi viaje. “Transamerika” de los “Modena city Ramblers”. Tan solo los puedo obsequiar con unas palabras de agradecimiento y unos adhesivos con palomas de paz que la madre de Merlín me dio para el viaje. *“Pégalas allá donde haga falta y regálalas a quienes tú quieras”*

Estas personas que hace apenas unas horas eran completos desconocidos y con quienes ahora comparto un momento precioso hacen de esta peculiar ciudad un lugar especial. Es gracias a las personas por lo que los lugares que uno visita se convierten en especiales. Es gracias a la bonanza y a la confianza de las personas como Marco por lo que este mundo es un lugar increíble para vivir. Es gracias a estos encuentros inesperados por los que me gusta tanto viajar.

**25 de mayo de 2015**

Se oyen las campanas tocar mientras me acerco a una gran iglesia a la que un grupo de unas cincuenta personas entran lentamente para hablar con su Dios. Algunos irán a confesarse y luego a rezar, o viceversa, no sé muy bien cómo funciona. No soy una persona religiosa, no creo en Dioses, aunque respeto quienes lo hacen. Es un tema del cual uno podría pasar horas debatiendo con la persona adecuada, pero si tuviese que resumirlo, a mí, no me atrae la idea de creer en las palabras que puedan contener los libros sagrados. Prefiero estar abierto a todas las posibilidades y cuando llegue el día, descubrir que es lo que hay al otro lado, si es que hay algo evidentemente. ¿Alguien lo sabe con certeza? Paraíso, infierno o reencarnación, no importa, vivamos aquí sin preocuparnos por el más allá. Un más allá que estuvimos a punto de conocer ayer con Fuji, cuando un auto casi no embiste en un cruce en el que yo tenía prioridad. Unos pocos centímetros fueron los que quedaron tras derrapar varios metros el vehículo en mi dirección hasta detenerse. El conductor, al igual que yo, y tras realizar lo sucedido, se llevó las manos a la cabeza y se le puso la cara pálida. No me enfurecí, no le insulté. Me guardé las palabras para mí y seguí mi camino mientras poco a poco mi corazón le volvía a bombear sangre a mi cuerpo. ¡Menudo subidón de adrenalina! Nunca antes había estado tan cerca de ser embestido por un coche. Tras varios caminos arenosos, donde las ruedas se hundían, y carreteras en mal estado perdidas en medio de la nada, tuve que darle la razón a Fuji. *“Si, nos hemos perdido”* Le dije cuando ya no sabía hacia donde ir después de varias horas deambulando sin sentido.

Hoy despierto en lo alto de unas colinas desde dónde puedo ver más allá de donde la vista me alcanza. Llegar aquí fue todo un reto, la estrecha y empinada carretera me obligó a empujar varios kilómetros mientras zigzagueaba de un lado para otro bajo un sol tremendamente fuerte para llegar a casa de Michelle. A esta pequeña comunidad donde viven unas veinte personas y comparten la gran casa donde las puertas siempre están abiertas. Al no estar mi anfitrión en casa a la hora de mi llegada, este, dejó notas en las puertas y paredes de la casa para encontrar mi camino a la ducha y al salón. Tras varios papeles con flechas que seguí por largos pasillos y escaleras llegué al baño, en su puerta, una nota decía *“Have a good shower”*. Fue como una búsqueda del tesoro. Un desconocido me dejó su casa abierta sin conocerme en absoluto, fue maravilloso.



“Pavia” es mi siguiente destino. He decidido parar por dos noches y descansar las piernas después de dieciocho días pedaleando sin parar y unos mil doscientos kilómetros recorridos. Está a apenas sesenta kilómetros de distancia por llanuras con lo que será coser y cantar. Tendré tiempo para reflexionar, como todos los otros días. Tiempo para hurgar en el baúl que hay en mí y que tanto necesita ser ordenado. Tiempo para conversar conmigo mismo sobre muchas cuestiones. *¿Qué es lo que quiero en esta vida? ¿Por qué venimos al mundo?*

**- Yo vine al mundo para esto, para que mis ruedas giren y giren sin cesar.** Dice Fuji en medio de una gran línea recta silenciosa.

**- Yo, todavía no he descubierto cual es mi propósito en la vida, si es que hay uno...** Contesto tímidamente.

**- Quizás lo descubras con el paso de los días y de las noches, o quizás no. Depende de ti mismo, de si quieres verlo o no. Para mí, no es difícil, soy una bicicleta y fui creada para rodar. Sin embargo, tú, tienes infinitas posibilidades para escoger.**

**- Cierto, puedo escoger, y quizás eso lo complique todo. Si hay un propósito para mí a la espera, lo encontraré, aunque de momento quiero disfrutar de las pequeñas cosas de la vida, de este mundo gigantesco con tanto por ver. Quiero vivir.**

**- ¿No será justamente ese el objetivo de la vida?**

Vuelve el silencio mientras sigo reflexionando sobre mil y una cuestiones. Un lagarto, de unos treinta centímetros de largo se cruza en mi camino. Le hago gestos y sonidos extraños para que se aparte de la calzada. Se cruza también una serpiente cuyo nombre desconozco aunque a esta, no le hago gestos ni ruidos, me detengo a observar como este imponente animal cruza la carretera para adentrarse en un campo de trigo espeso. A su ritmo, con seguridad, sin prisas...

*‘Cuando uno menos se lo espera, la naturaleza te obsequia con momentos irrepetibles’*

**27 de mayo de 2015**

- **¡Cuidado con ese grande de la derecha, cuidado con el del medio, y con aquel otro!** Me va diciendo Fuji mientras circulamos por una carretera deteriorada llena de grandes agujeros esparcidos por todas partes.
- **¡Hago lo que puedo!** Contesto mientras intento esquivarlos a todos sin éxito.

Y cuando menos me lo espero, mientras suena “The Doors” por mi auricular derecho, el neumático delantero se ve atraído hacia el más grande todos como un imán. Noto el golpe hasta en la columna vertebral. Avanzo unos metros, parece que todo va bien, no se ha roto nada. Avanzo unos kilómetros más y entonces me doy cuenta de que algo falla. He ido perdiendo aire en la rueda delantera desde el golpe hasta que ahora, a tan solo algo más de un kilómetro de “Formigara” la llanta toca el asfalto. Me bajo de Fuji para caminar hasta el pueblo donde Mattias me recibe con una gran sonrisa. Mi primera avería...

Buenas charlas, buena compañía, mucha historia y comida riquísima. Italia es bella. A pesar de que las carreteras son, digamos que, pésimas, aquí, el que es mínimamente curioso nunca se aburre. “Pavia” es una ciudad bonita por donde me perdí todo el día de ayer, con encanto, con una enorme catedral en la que Leonardo Davinci colaboró aportando ideas y técnicas para las cimentaciones allá en el año 1490 y dónde conocí a un hombre sin hogar a quien convidé a algo de comer en una calle abarrotada de gente. “Pizzigethone”, también se cruzó en mi camino, con sus murallas que en su día protegieron a sus habitantes. Sus tranquilas calles, el entorno, las personas y el sonido del agua hicieron que todo fuese más vivido. O eso me pareció. Quizás sea que en otras ocasiones no he observado las cosas con atención por lo que todo me parecía más bello. No lo sé. Hoy, “Cremona” nos acoge en una noche estrellada para recorrer las calles de la ciudad donde vivió el famoso Stradivarius, mientras unas largas charlas con Mattias hacen que las agujas del reloj giren más deprisa de lo habitual.

*“Calma, no tengas prisa, lo que tenga que venir vendrá. No porque  
vayas más rápido llegarás antes.”*

**29 de mayo de 2015**

*“Tenemos carreteras de mierda, cierto, sin embargo, tenemos agua gaseosa en las fuentes”* me dijo Marco anoche, mientras volvíamos de recoger un gallo que le regalaron y que estaba en una caja de cartón en el maletero del Fiat Punto en el que viajábamos de camino a su casa, con Marta al volante, quien está aprendiendo a conducir y se quedó atascada en una calle estrecha mientras intentaba dar la vuelta. No faltaron risas cuando el coche estaba entorpeciendo la circulación a la vez que el gallo hacía ruidos en el maletero. Estos encuentros son por los que uno viaja. Estas personas que reciben a los viajeros con los brazos abiertos sin dudarlo hacen de este mundo un lugar increíble. No dejo de pensar en todos ellos, en los que me han acogido y en los que lo harán en las próximas semanas mientras sigo mi camino entre campos de cultivo. Mientras el décimo insecto que se cuele en mi boca se retuerce en mi garganta sin parar haciendo que tosa y provocándome arcadas, hasta que decido mandarlo al fondo del estómago con un trago de agua para que se disuelva con los ácidos gástricos.

Hoy me acoge Luca, italiano, estudiante, alegre y con un conocimiento de la lengua castellana impresionante. Su acento andaluz me hace reír a cada palabra que pronuncia mientras en un pequeño bar de “Legnago” suena música española. Es la “noche caliente”, así la llaman. Nunca me lo hubiese esperado. Estar con todos estos jóvenes a quienes les encanta el flamenco es curioso. No falta el alcohol y alguna que otra droga suave que humea en el ambiente. Con mi zumo de naranja veo como estos jóvenes aspiran y expiran un humo denso, su olor evoca recuerdos en mí. Hace largos años que no fumo hierba, ahora, tan solo fumo la droga legal enrollada en papel de liar de arroz y muy de vez en cuando tomo alguna que otra cerveza con limón. Gracias le digo a Luca, y gracias le digo a su madre por su hospitalidad. Me ha comprado bolsas de frutos secos y pastelitos para mi viaje. Es una mujer encantadora, son encantadores.

**4 de junio de 2015**

Sale el sol y se vuelve a esconder, hago y deshago las mochilas, duermo y pedaleo, avanzo y descubro. Me siento nómada. Italia está a punto de quedar atrás, sus infinitos campos de cultivo del norte por los cuales tanto tiempo he tenido para reflexionar quedarán en el recuerdo y se vendrán conmigo las conclusiones sacadas en las largas horas de conversaciones internas. Tan solo una cosa no echaré de menos, sus carreteras. Varias veces he estado a punto de ser embestido por coches y camiones.

Quizás, de haber escogido otra ruta para cruzar este país hubiese gozado más de sus carreteras. Aunque yo lo he querido así. Me llevo parte de Italia en mí, gracias a todos los que me han acogido en sus casas y compartido momentos de sus vidas. He aprendido de todos ellos, de sus costumbres, de sus paisajes y de sus ciudades. Venecia, ciudad por la cual no había pensado detenerme en un principio está ahora en mi memoria. Sus cientos de canales, puentes y curiosidades me han fascinado. Es gigantesca, es bella, es distinta a lo imaginado. Y es que uno siempre se imagina los lugares a través de lo que uno lee o ve en fotografías, pero al final, la realidad nos sorprende a todos. Ahora, y sobre dos postes de acero, se alza un cartel en el que puedo leer "Slovenija". Me detengo unos metros antes de este para saborear el momento. Para mí, llegar hasta aquí es algo increíble. Si, uno sueña con tierras lejanas cuando prepara el viaje, y sabe que llegará lejos. Aunque también es consciente de que pueden suceder muchas cosas para que eso no ocurra. Son las 11h35 de este cuatro de junio, cuando estoy sobre la línea que divide a estos dos países, con una gran sonrisa en mi rostro. Noto una brisa de aire que me invita a seguir adelante y llegar por fin a Eslovenia. Los primeros kilómetros son tan emocionantes que una pequeña lágrima se aventura por mi mejilla hasta saltar al asfalto.

Tengo la sensación de que es ahora cuando realmente empieza la aventura. Es ahora cuando me adentro en un país nunca visto antes, del cual no sé absolutamente nada. Es ahora cuando me siento un completo extranjero cuando me hablan en un idioma que no entiendo en absoluto. Ahora es cuando mantengo conversaciones usando gestos para intentar explicarle al abuelo sentado junto a mí, en un pequeño banco bajo la sombra de un árbol, hacia donde me dirijo y de dónde vengo. A pesar de no hablar el mismo idioma, logramos mantener una pequeña conversación, mientras, en los momentos de

silencio, ambos fijamos la mirada en un viejo campanario. Como si fuésemos ya buenos amigos.

El terreno ha cambiado, también la arquitectura y el horizonte. Se alzan a mi alrededor montañas verdesas que me hacen sentir un poco más vivo. Las aburridas llanuras quedan atrás por un tiempo y me pregunto si las echaré de menos en algún momento. “Hvala” le digo a la señora que me da la bienvenida al camping improvisado en el jardín de su casa con una pequeña botella de vino sobre una bandeja de plata. “Hvala” significa gracias. Esa es, la palabra más importante para mí. Porque no tan solo le doy las gracias a esta amable señora, sino también a Eslovenia y al mundo entero.

Si bien dar la vuelta al mundo es algo con lo que siempre he soñado, hoy entiendo que no importan las distancias, lo que realmente importa es el cambio que se produce dentro de uno mismo. Sé que no daré la vuelta al mundo esta vez, pero sé también que mi mundo ya ha empezado a dar la vuelta él solo.

**-Mira donde hemos llegado.** Le digo a Fuji mientras se pone el sol lentamente.

**-Es precioso.**

*“No busco grandes fiestas, no busco multitudes ni ajetreo. Me busco a mí mismo y a la esencia del ser humano. Busco la hospitalidad y la relación entre las personas más allá del intercambio de monedas. Busco a la persona que puedo llegar a ser en este mundo. Busco la humildad.”*



**6 de junio de 2015**

Podría haberme quedado en Eslovenia unos días más, porque realmente es un país precioso, aunque algo dentro de mí me dice que debo seguir, que hay respuestas a preguntas que todavía no me cuestiono a mi espera en algún lugar no muy lejano. Quizás sea lo mismo que me ha hecho cambiar de opinión en cuanto a la ruta a seguir los próximos días. Matja, quien me alojó anoche en el jardín de su casa, ha sido, y sigue siendo un gran aventurero. Sus fotografías tomadas hace más de quince años en Jordania mientras recorría paisajes desérticos en bicicleta me hacen querer visitar esas tierras lejanas. Mientras plantaba mi tienda de campaña en su jardín, junto con sus cabras y gallinas a mi alrededor, me aconsejaba seguir por las montañas croatas para llegar a Bosnia y Herzegovina, sin embargo, he decidido seguir por la costa y adentrarme en Bosnia y Herzegovina más al sur. Quiero descubrir Croacia desde el nivel del mar.

**- Dicen que hay unas islas preciosas en la costa capaces de hipnotizar a los viajeros.**

**- Vayamos a averiguar si es cierto.** Contesta Fuji.

Las curvas se negocian bien, el asfalto está en muy buenas condiciones. Paso los cincuenta kilómetros por hora en las rectas y reduzco la velocidad en las curvas inclinándome todo lo que puedo. Cómo me gustaría probar a montar en motocicleta alguna vez pienso mientras me adelantan dos grandes motos alemanas a toda velocidad que atrapo poco después, cuando estas, al igual que todos los otros vehículos deben detenerse en el control de aduana de la frontera croata. Tiendo el pasaporte, me miran a los ojos y vuelven a mirar la fotografía de mi documento. Así en tres ocasiones hasta que me desean la bienvenida a su país. Cambio un billete de cincuenta euros por Kunas y me adentro en "Rijeka" para perderme en sus cientos de calles que suben y bajan. Unas pequeñas ráfagas de aire caliente con olor a agua salada me invitan a descender hacia el mar donde encuentro, después de varios intentos fallidos, un pequeño Hostel donde pasar la noche. De las mochilas salen un par de arañas y un insecto que nunca antes había visto junto con tierra y hierbajos que esparzo por el suelo de parqué de la habitación. Esta, está tan limpia que resalta la suciedad de mis prendas de ropa cuando las amontoño en la cama. Toca una buena limpieza, tanto del cuerpo como de las camisetas y pantalones transpirados.

**10 de junio de 2015**

Lo puedo ver, no directamente, ya que este carece de color o de textura, pero puedo verlo gracias a las olas en el mar. El viento está aquí, y se le ha antojado frenarme con todas sus fuerzas desde hace unos días. Por momentos creo llegar al límite de mi paciencia, aunque siempre sigo adelante. Hace un par de días soplabla con tanta fuerza que me obligó a bajarme de la bicicleta mientras circulaba por una carretera cerca de unos acantilados. Tuve que detenerme por completo y sujetar a Fuji con todas mis fuerzas para que no acabásemos ambos en el suelo o en el mar cuyas olas golpeaban con fuerza las rocas decenas de metros bajo de mí. Es sin duda el elemento natural más molesto para andar sobre dos ruedas. Es poderoso, muy poderoso. Este, se lleva lejos todas las palabras que pueda uno dedicarle, sea en voz baja o a gritos. Te hace sentir vulnerable, pequeño e insignificante. Pero cuando lo vences, a tu vez, te vuelves grande y poderoso. He ganado varias batallas contra él, aunque esto no ha terminado. Quedan largos kilómetros por recorrer en esta costa árida labrada por el viento. Quedan muchos días por delante.

- **¿Que es ese ruido? ¿Y ese golpeteo?** Le pregunto a Fuji mientras descendemos a gran velocidad por una pequeña carreteo que bordea el mar.

- **Noto algo en la rueda trasera, párate en cuanto puedas.** Me contesta ella.

- **Es el protector plástico que hay tras los piñones de las marchas... Está rajado y golpea en la llanta. Hay que extirparlo.**

- **¿No será que se ha quebrado cuando diste aquel golpe en el pedal a causa del enfado que llevabas por el molesto viento?**

- **Si, seguramente fue lo que lo rompió... Lo siento Fuji.**

Si bien uno sufre por momentos, se goza también en muchos otros. El conjunto de experiencias hace que sea esta una gran aventura de la que aprender mucho sobre sí mismo. Aprendo también sobre quienes se cruzan en mi camino, conozco personas de muchos lugares del mundo, siendo quizás por azar o porque debía suceder. Después de un día duro, no hay nada mejor que pasar una velada encantadora con una pareja de alemanes jubilados quienes viajan en auto caravana. Su bondad y sabiduría me hacen sentir protegido mientras disfrutamos del atardecer en una pequeña cala en la costa

croata, donde el sol, mientras se acuesta, se refleja en las infinitas aguas y nos da las buenas noches. Son momentos especiales en los que escucho atentamente todo cuanto dicen. Me regalan dos lindas pulseras hechas por ellos en los ratos libres, quizás me sirvan para hacer algún trueque o simplemente las regale a alguien. A mi vez, les entrego unos adhesivos con la paloma de la paz para su auto caravana. Tengo muchas preguntas y ellos muchas respuestas, son un libro abierto del que aprender. A oscuras, cuando nos despedimos, me tienden un billete del cual no logro ver su importe. *“Para colaborar con tu viaje”* me dicen. No lo acepto. El dinero poco tiene que ver en todo esto. Les agradezco el gesto, y también les agradezco su compañía. Esta es más valiosa que cualquier billete del mundo. Quizás no sean conscientes de ello, pero con sus palabras han colaborado ya en este viaje. *“Gracias”*.

Los días son calurosos, las carreteras tranquilas. El agua de los botellines se calienta muy deprisa y mi boca reclama algo fresco a todas horas. Es difícil de encontrar donde abastecerse entre pueblo y pueblo. Muchos negocios siguen todavía cerrados. Somos pocos los que viajamos por la costa en estas fechas. Me cruzo con algunas motocicletas en grupo, con banderas y cientos de adhesivos y alguna que otra auto caravana extranjera. Bicicletas, tan solo he visto a una que venía en sentido opuesto. Las aguas siguen demasiado frías para mi gusto y tan solo los pies y parte de las piernas se remojan en ellas. Quizás dentro de unos días me sienta con ganas de bañarme entero. Y lo que esperaba ver, aquellas grandes islas rocosas capaces de hipnotizar al viajero, son mucho más bellas de lo que había visto en cualquiera de las fotografías que circulan por la red. Están siempre a mi derecha, hacia allí se posa mi mirada gran parte del día.

Por pocas carreteras que tenga la costa, uno siempre puede elegir caminos distintos. Caminos que me han llevado a conocer personas únicas, a descubrir paisajes increíbles, pequeños pueblos costeros donde apenas se cruzan las miradas. A dormir entre viejos automóviles destartalados en campings improvisados en jardines escondidos. No se pasa desapercibido cuando se viaja sobre una bicicleta cargada. Los saludos con pequeños golpes de bocina son habituales en las carreteras, las sonrisas y las miradas curiosas siempre están presentes. Las preguntas por parte de los lugareños son cuantiosas.

Croacia es... Peculiar. Su comida es rica, su gente, acogedora. Sus paisajes encantadores. Su idioma, precioso, aunque de difícil pronunciación. Croacia es algo que había imaginado de una manera muy distinta a la que estoy memorizando ahora. Hace algo más de dos mil kilómetros atrás, hace algo más de un mes de viaje, tenía una imagen de este país absurdamente distinta a lo que es en realidad. No es la primera vez que sucede y espero que no sea la última. ¿Cómo será Bosnia? ¿Y los próximos países? Y aunque no quiero saberlo todavía, ¿Dónde termina este viaje? Me pregunto silenciosamente.

*“He pasado mucho tiempo soñando con este viaje, imaginado lugares, personas y situaciones. Sin embargo, nada es como mi mente lo había pintado en el lienzo de los sueños. Y eso es lo mejor, porque todo es nuevo, nada es conocido y todo está por descubrir”*

**13 de junio de 2015**

Recuerdo memorias lejanas en esta calurosa mañana de junio. Recuerdos almacenados en sus respectivas estanterías de la memoria. Recuerdo mi padre y me pregunto dónde estará ahora. Sigue presente en mis sueños, donde de vez en cuando mantenemos alguna que otra charla, donde su compañía me reconforta. Hay días en los que vivo más en el pasado que en el presente. Días en los que sueño más de lo que vivo. Me pierdo dentro de mí para recordar o bien para imaginar. Me siento nostálgico. Pienso en mi familia y en mis amigos. En los que veré cuando vuelva y en los que ya no están. En quien creí haber olvidado pero que sigue aquí. ¿Me habrá olvidado ella? ¿Dónde estará? Pienso también en el futuro, en lo que cambiará mi manera de ver el mundo cuantos más días pase viajando. Porque viajar forma las personas, nos cambia, nos enseña y nos educa. ¿Quién soy ahora y quien seré a mi vuelta?

Estos recuerdos y cuestiones quedan de lado cuando me cruzo con un letrero en el que alertan de la presencia de minas en la zona. Todo se detiene por un instante. Es el primero con el que me cruzo, aquí, en medio de la nada. En una pequeña carretera perdida croata. Ahora, en mi mente, ya no me hago preguntas sobre mí mismo, sino más bien sobre la humanidad. Con sus guerras, sus infinitos conflictos raciales, sus religiones y sus dictadores. Este letrero alerta de la posibilidad de morir con la explosión de una mina anti persona. Aunque no indica cuantos murieron en estas tierras. ¿Cuánta sangre de inocentes se vertió desde entonces? Poco sé sobre historia, voy aprendiendo sobre los países mientras los cruzo, y aquí, murieron cientos de personas no hace mucho tiempo. Estoy cerca de la frontera sureste con Bosnia y Herzegovina, donde hay la mayor concentración de campos minados. Un mapa previamente descargado al teléfono con las zonas a evitar señalizadas me guiará a la hora de escoger donde acampar. ¿Tendrán fecha de caducidad los explosivos? ¿Cuánto peso es necesario para detonar una mina? Son cosas que no voy a averiguar.

El terreno empieza a ser algo más montañoso cuanto más me alejo de la costa. Las subidas son duras y las bajadas cortas pero divertidas. Los llanos tranquilos, silenciosos. En una pequeña recta cerca de unos campos verdes, cientos de pequeñas moscas que a mi parecer acaban de eclosionar salen a la calle en busca de algo que desconozco. Está plagado de ellas durante varios cientos de metros.

Se me adhieren al cuerpo transpirado. Es molesto, incluso asqueroso. Me pongo las gafas de sol a pesar de no necesitarlas tan solo para que no se me metan más en los ojos. Procuro mantener la boca cerrada para no tragar más de la cuenta, y aun así, cada pocos cientos de metros me detengo para escupir, sacudir la ropa y el pelo.

**- Puede que aquellas montañas que se alzan al fondo estén en Bosnia y Herzegovina.** Pienso en voz alta mientras planto la tienda de campaña en el borde de un inmenso lago croata.

**- ¿Realmente hay algo que llama tu atención de ese país no es así?** Pregunta Fuji.

**- Desconozco lo que es, pero hay algo que me llama desde hace tiempo hacia sus tierras. Necesito descubrir que es... ¿Me ayudarás para lograrlo?**

**- Estamos juntos en esto, hasta el final.**

**-Gracias Fuji, sin ti no podría hacer todo esto.**

**-Gracias a ti, porque sin ti yo no sería nada. Yo te necesito igual que tú a mí en esta aventura.**

Los colores cambian lentamente en el horizonte mientras ceno. El sol se está poniendo, no se duerme, tan solo se va a esconder para volver por la mañana con todo su esplendor. Yo, dormiré junto a las estrellas, mientras ahora, me siento un poco más realizado.

**15 de junio de 2015**

Ataco el puerto con fuerza, me siento bien y las largas subidas van quedando atrás junto con las gotas de sudor que voy dejando por el camino. El tiempo está nublado y a lo lejos puedo ver como llueve. Intercambio algunas palabras con trabajadores en una pequeña carretera y poco a poco voy ascendiendo hacia la frontera. Hace calor, demasiado calor para llevar el poncho puesto a pesar de que cada vez llueve con más fuerza. Aunque prefiero mojarme frescamente a sudar envuelto en plástico. El verde de los árboles es aquí más intenso que pocos kilómetros atrás, e incluso, la gente parece más sonriente. ¿Será que en la costa la gente me veía más como un posible comprador de cualquier servicio y aquí más bien como alguien con quien charlar mientras intercambiamos sonrisas? ¿O quizás sea el entorno en el que uno vive el que afecta a la personalidad de las personas?

3, 2, 1, ya veo la frontera bosnia en lo alto de la montaña. Llevaba un par de días ansioso por llegar aquí. Estoy seguro de que este país me va a gustar. Estoy seguro de que voy a encontrar parte de lo que busco en sus tierras.

- **¿First time in Bosnia?** Me pregunta el agente de aduanas del lado bosnio después de que hayan verificado mi pasaporte del lado croata.
- **Yes, first time.** Contesto sonriente.
- **Welcome to Bosnia and Hercegovina, enjoy our country.** Dice con un tono suave el agente después de sellar el pasaporte.
- **Thanks you, I will.**

Y, así pues, doy mis primeros golpes de pedal por Bosnia y Herzegovina, con una gran sonrisa en mi rostro, con la vista mirando de un lado para otro sin cesar. Todo es más verde, todo es distinto, o eso me parece. Se suceden varios kilómetros llenos de emoción por carreteras poco transitadas hasta que me detengo a unos cuatro kilómetros del lago de "Busko" para ojear un panel donde hay un mapa informativo sobre la región. Nada más pararme se acerca a mí un señor que estaba sentado en la terraza de un bar. Enseguida empezamos a charlar, me hace cantidad de preguntas a las que respondo encantado. Le explico que quiero buscar un lugar donde acampar cerca del lago. Me dice que a cambio de un poco de marihuana me lleva al mejor lugar, aunque añade justo después que es broma. Me cuenta cómo llegar a dos sitios distintos y me describe



ambos para que pueda elegir dónde voy a plantar la tienda. No habrá problema con las autoridades me asegura. *“Esto es Herzegovina.”* Charlamos unos minutos mientras me cuenta una historia de un español al que conoció y que le robaron su bicicleta en Kosovo mientras viajaba desde Estambul a España. Me cuenta otra historia sobre un grupo de narcotraficantes que producían marihuana en Albania en una granja protegida por guardas armados y que abastecía gran parte de Albania, Montenegro y Herzegovina y que las autoridades echaron abajo hace poco tiempo con lo que en esta región es difícil encontrar de que fumar últimamente. Reímos un rato y le elogio por hablar tan bien inglés. Me da las gracias por ello y yo le doy las gracias por la información. Este primer encuentro es una buena bienvenida a estas tierras. Siento algo que no sentí en Croacia, me siento a gusto, como cuando uno vuelve a casa después de un largo periodo fuera. Bosnia y Herzegovina me acoge con los brazos abiertos.

Unas tímidas olas golpean la orilla creando una melodía con la que quedo dormido durante casi una hora. Algunos pescadores esperan a que la futura cena pique en sus anzuelos mientras algunas nubes navegan por los cielos. A lo lejos, en la misma orilla, puedo ver alguna que otra tienda de campaña y una auto caravana de la cual sale una música extraña, una mezcla de electrónica con jazz. Algunos desechos le restan belleza al lugar idílico en el que voy a pasar la noche, aunque uno se acostumbra rápidamente a ello. En Croacia también vi segmentos de carreteras en los que la gente vertía bolsas de basura...

¿Y ahora qué? ¿Hacia dónde voy? Estoy en Bosnia y Herzegovina, soñé en que llegaría hasta aquí aunque nunca supe si lo lograría. Este país, en el mapa impreso en el que dibujé la ruta imaginada del viaje y que nada se parece a lo que he estado haciendo, tiene el tamaño de una moneda de un euro con lo que nunca ha habido una ruta planeada dentro de sus fronteras. Quiero ir hacia el Este, y pasar por “Mostar”, es lo único que ahora sé. Quiero ser libre, y es lo que ahora soy. ¿Necesito saber algo más? De momento no.

*“¿Que carretera escoger para llegar a un lugar que todavía no conozco? ¡Cualquiera! Eso es lo más emocionante de todo esto, puedo hacer lo que quiera sin saber lo que voy a encontrar.”*

**17 de junio de 2015**

El silencio me acompaña estos primeros días por tierras bosnias mientras observo embobado todo lo que me rodea. Me pierdo por sus pequeñas carreteras por dónde apenas pasan coches. Es acogedor, estremecedor. Sus paisajes me hacen sentir a gusto. El entorno hace que uno pierda la noción del tiempo, hace que uno se deje llevar por las colinas y acabe en lugares que no aparecen en los mapas donde los habitantes dejan de lado todo aquello que están haciendo para observarme pasar. Me saludan alzando la mano, y a mi vez, devuelvo un saludo y una sonrisa. Los mapas son de poca ayuda aquí, me guían los consejos de los lugareños quienes me aconsejan hacia dónde ir. Me dejo llevar, colina tras colina, para descubrir pequeños rincones paradisíacos en los que no creo que se vean muchos turistas, y menos, viajando sobre una bicicleta.

**- Voy a entrar, creo que esto es un bar.** Le digo a Fuji mientras miro a través de la ventana de un local oscuro en el que creo distinguir unas siluetas al fondo.

**- No hay ningún letrero, está oscuro, y estamos en medio de la nada.** Contesta mientras ya estoy abriendo la puerta.

Las apariencias engañan. Si uno no tiene una pizca de curiosidad no descubriría ciertas cosas que bien merecen la pena en este mundo. Eso me digo mientras me acerco a la barra de este peculiar bar. Tardo unos segundos en poder distinguir a las personas y el mobiliario mientras mis ojos se acostumbran a la falta de luz, hasta que me atiende el camarero. Tiene un brazo más corto que el otro, desprende serenidad. Mientras le doy pequeños sorbos a mi zumo de melocotón, se acerca y se sienta a mi lado para empezar una larga charla con algunas palabras sueltas en inglés y sobre todo gestos de manos y pies. “¿Mostar?” Pregunta el señor. “Si, si, Mostar” contesto. Hacía allí me dirijo. “España”, le digo tocándome el pecho. “¡Ahhh España!” No digo Andorra ya que sin un mapa para mostrar donde está sería bien complicado explicarlo con palabras. “¿Barcelona?” pregunta haciendo gestos con el pie. Asiento con la cabeza a la vez que digo “Messi”. ¡Messi! Exclama y añade enseguida ¡Rakitch! ¡Croat! Así que hablamos de futbol con gestos y palabras sueltas del tipo “Ahhh” “Si si” “Ohhhh” “Good, good”.

Nuestra charla cambia de tema, y ahora, hablamos como podemos sobre la región, y sobre caminos que podría seguir según los nombres de pueblos que me va indicando. Mientras apunto mentalmente varios nombres de varios pueblos para no olvidarlos, uno de los clientes que está sentado en la oscuridad, se levanta y sale tambaleándose al mismo tiempo que se despide de todos nosotros alzando la mano. Deja en su mesa varios botellines de cerveza vacíos, apenas son las diez de la mañana. Tras la buena charla, a mi vez, me despido de todos ellos, dando las gracias mientras me dirijo hacia la luz, hacia la puerta del local. El camarero, alza su brazo más largo para despedirse con una sonrisa.

“¿Where are you from?” Me preguntan en todos mis encuentros. De España contesto casi siempre a aquellos quienes apenas hablan algunas palabras de inglés. De Andorra digo a aquellos quienes la curiosidad se refleja en sus ojos más que de costumbre. Del mundo, quiero pronunciar en ciertas ocasiones, yo que soy el menos patriota de los humanos, yo quien me considero humano antes de nada. Porque yo nací sin pasaporte, sin religiones, sin prejuicios y sin fronteras. No soy de aquí ni de allá, tan solo soy. Y aunque no sea partidario de que el mundo esté dividido por esas líneas imaginarias, he de reconocer, que estas, han creado cosas interesantes, bellos idiomas y culturas. El mundo es increíblemente grande y está increíblemente lleno de historias que de no ser por todas nuestras fronteras no existirían. No hay que olvidar que durante las guerras también han sucedido historias de amor y nacido personas destinadas a hacer de este mundo un mejor lugar donde vivir.

**- Este es uno de los más bellos paisajes que he visto en toda mi vida.**

**- Es realmente precioso.** Contesta Fuji.

**- Y lo mejor de todo, es que hemos llegado aquí por casualidad, gracias a que nos perdimos esta mañana ahora estamos aquí.**

**¿No es eso fascinante?**

**- Lo es.**

Viajar solo, pero acompañado a la vez por todas las personas que se cruzan en mi camino y que se vienen conmigo en mis recuerdos. Perderse, para volver a encontrarse. Descubrir paisajes de los que uno se enamora, idiomas de los que uno no entiende nada pero al mismo tiempo lo entiende todo. El mundo es tremendamente grande. ¡Hay tanto por descubrir! Yo tengo la suerte de poder descubrir una pequeña parte de lo que siempre ha estado ahí a nuestra espera.

Tengo suerte de estar aquí y ahora. Hay momentos duros, en los que uno quisiera estar en otro lugar, y no en medio de tierras perdidas luchando contra el viento, aunque al final del día, uno mira hacia atrás y se siente afortunado por lo que ha hecho.

**19 de junio de 2015**

No llevo más de cinco minutos en lo que creo que es la parada del autobús a las afueras de “Blagaj” cuando para un coche pitando para que me acerque. Enseguida deduzco que me quiere llevar a algún lugar. ¿Mostar? Le digo al señor desde la ventanilla y a lo cual me contesta “¡Si si! Mostar!” Durante los pocos kilómetros que dura el trayecto charlamos de varias cosas a la vez. Son muchas sus preguntas a las que contesto encantado mientras a mi vez sacio mi curiosidad con preguntas de todo tipo. Nuestra charla termina en el parking del hospital, a las afueras de la ciudad, donde este hombre, de unos cincuenta años de edad va a visitar a su padre recién ingresado hace unos días. “Gracias” le digo cuando cada uno se marcha en direcciones opuestas en el aparcamiento. Paso al lado de uno de los cementerios de la ciudad, hay cientos y cientos de tumbas. Es gigantesco. Algunos murieron jóvenes y otros no tan jóvenes. Algunas flores le dan color a las piedras con nombres grabados para siempre. Me pregunto si algunos de estos hombres y niños murieron durante el trágico conflicto que tuvo lugar aquí. Me pregunto también por qué hay tanta maldad en este mundo, por qué se hacen las guerras, ¿Por qué?

Se estrecha la calle, giro a la izquierda y luego a la derecha hasta que paso por un puente desde el que puedo ver el famoso “Mostari Grad”. El puente más famoso de Bosnia y Herzegovina, reconstruido tras la guerra de Bosnia del 92. Una guerra de la que bien poco sé de momento. Las aguas claras que pasan por debajo de su arco hacen que el entorno sea encantador. Estoy en la parte antigua de la ciudad. Las calles suben y bajan y giran en muchas direcciones, están repletas de tiendas de recuerdos a precios muy económicos. Muchos pequeños bares donde saciar la sed y el apetito. Paseo a ritmo de tortuga disfrutando de la tranquilidad de la mañana y observo como se va despertando la ciudad. Me gusta descubrir las ciudades cuando recién se despiertan. Me gusta ver como los sonidos y los colores van cambiando con el paso de las primeras horas de la mañana. Me tomo un té, compro un par de postales y sellos, me compro un bollo y sigo paseando hasta haber dado la vuelta al casco antiguo y haber vuelto al puente de Mostar. La ciudad es más pequeña de lo que pensaba, aunque tiene más encanto de lo que imaginaba. Sus calles adoquinadas, como a mi tanto me gustan, hacen que uno pueda viajar en el tiempo para ver cómo era la ciudad en tiempos

remotos mientras se oyen los rezos a través de los parlantes de las mezquitas.

Antes de dejar la ciudad, hay algo que debo hacer, quiero visitar una exposición fotográfica de “Wade Goddard” quien con tan solo 22 años viajó a Mostar para cubrir los acontecimientos ocurridos durante la guerra. Pasó una década fotografiando la destrucción que sufrió la ciudad y sus habitantes. Si uno mira con atención los rostros de las personas de todas estas fotografías, si se adentra en ellas, puede sentir el dolor de todos ellos. La sangre deja de circular por mi cuerpo mientras voy subiendo planta por planta, mientras en silencio, siento que voy a romper a llorar. Reprimo las lágrimas, ya bastantes se han vertido aquí. En la tercera y última planta de la exhibición me siento en una pequeña silla rodeada de todas esas fotografías históricas que hacen que cualquier persona se pare a reflexionar. Durante varios minutos miro a mi alrededor y siento como si yo también hubiese perdido la vida en el 92. Quizás esta silla esté aquí por este preciso motivo. Para hacernos entender ciertas cosas en la vida. Para hacer ver y sentir al visitante lo que sucedió no hace tantos años atrás y que cambió la vida de miles de personas a la vez que terminó con la de otros miles.

Lentamente, voy dejando Mostar atrás, no sin girarme de vez en cuando para volver a ver su puente desde ángulos distintos. Observo los habitantes, el tráfico, los colores y las paredes de los edificios, algunos todavía marcados por proyectiles. Algunos todavía en ruinas en callejones sin transitar. Son heridas que tardan en curar las que la guerra dejó aquí.

*“Hoy, una parte de mí se queda en Mostar, y una parte de Mostar se viene conmigo”*



**22 de junio de 2015**

Siempre me ha costado despedirme de las personas, son momentos que no me gustan. Quizás por eso, desde hace tiempo, ya no digo “adiós” sino más bien “hasta otra”. Hoy debo despedirme de Sejo, quien me ha acogido durante dos noches en la recepción de su camping. Cuando llegué, empapado por un largo día bajo la lluvia y por pura casualidad, hasta la entrada de su camping a las afueras de “Stolac” no imaginé lo que sucedería tras plantar la tienda de campaña en medio de las vacías parcelas. “City” me dijo tras acabar el café al que me había invitado una vez instalado, mientras me señalaba su viejo Fiat aparcado en la entrada. No lo dudé, me subí a su auto con total confianza hacia este hombre sonriente. Allí, en la “ciudad”, conocí a Tarik, quien sería el traductor oficial durante mi estancia, quien conoce ciertas cosas de Andorra que bien pocos saben por haber trabajado en las naciones unidas. Allí, en uno de los muchos pequeños puentes de “Stolac”, sentados en círculo, charlamos de mil y una cuestiones distintas, siempre con un fuerte olor a café presente. Tarik regenta una pequeña tienda en el pueblo y Sejo ha abierto hace poco tiempo su camping “Heaven in Nature”. Yo, no quería tan solo estar de paso. Así que ofrecí mi ayuda para crear una página web para el camping y promocionarlo en la red a falta de tener mis anfitriones conocimientos sobre el mundo electrónico. Sejo enseguida quiso devolverme los tres euros que le había pagado por la primera noche en el camping y darme un dinero extra por mi ayuda.

Evidentemente no acepté el dinero. Yo quería ayudar sin más, porque ellos me acogían en sus tierras como a un hijo. Dándome de comer a todas horas, permitiéndome dormir en la recepción del camping a cubierto de las tormentas e incluso dejándome al cargo del camping tras pocas horas después de conocernos cuando marcharon a hacer unas compras. Yo mismo me encargué de dar la bienvenida a Toni, un francés que viaja en su coche por Europa. Le indiqué donde instalarse, le enseñé los baños, las duchas, la cocina y respondí a todas las preguntas que este señor, antiguo casco azul, tenía sobre el funcionamiento del camping.

Han sido dos días absolutamente increíbles los que he pasado con Sejo, su mujer, sus padres, sus hijas y los dos hermanos vecinos al camping. A pesar de hablar un idioma completamente distinto, nos hemos entendido a la perfección. La paciencia desmesurada de estas personas y la bonanza sin límites que me han mostrado ha tocado de

pleno mi corazón. Charlas simples en palabras pero complejas en cuanto a sentimientos. Uno de los dos hermanos me mostró una cicatriz en la espalda la cual pensé que la causó un accidente en algún momento de su vida, aunque en realidad, fue a causa de un proyectil durante la guerra del 92... Quedé sin palabras, con el corazón encogido, al aprender que parte de estos hombres lucharon aquí con sus propias manos para defender lo poco que tenían. "I am sorry" fue lo único que me atreví a decir. Tan solo tenía diecisiete años cuando le hirieron...

En "Stolac" todavía hay edificios en ruinas, y muchos otros con cientos de marcas de proyectiles en sus paredes de hormigón. Es desconcertante para el recién llegado en su bicicleta. Han pasado más de veinte y cinco años y aún se está reconstruyendo parte de los pueblos. El trabajo es lento, aunque el optimismo del pueblo hace que todo avance con paso firme.

Acercó a Fuji a la recepción, cargada hasta arriba, lista para seguir adelante. Invito a Sejo a intentar levantarla, quiero ver la cara que pone cuando note el peso. Y no puedo evitar reír cuando me mira fijamente diciéndome que estoy loco. Enseguida me pregunta si puede probarla. Claro que si le digo, pero se monta en ella al revés. Intento explicarle que va en la otra dirección y ríe y arranca apoyando sus manos en el manillar tras su espalda. Pedaleando del revés se da una vuelta por el camping como si lo hubiese hecho toda su vida....

Me acerco a Sejo para estrecharle la mano, a pesar de querer abrazarlo. Parece mentira pero este hombre me ha enseñado en dos días cosas que nunca podría uno aprender en muchos años en la escuela a pesar de hablar un idioma completamente desconocido para mí. No son lecciones lo que he aprendido, son valores que me ha transmitido con los gestos y las miradas, con sus actos, con su alegría y su generosidad. Sejo me tiende la mano, me da un estirón y me abraza como aquel que abraza a su hijo antes de que parta quien sabe dónde. Nos abrazamos también con su mujer quien aprovecha para darme una bolsa con "Pita" rellena de queso para el camino junto con unas frutas.

Antes de irme me queda una cosa por hacer. Uso el traductor de teléfono para decirle algo a Sejo en su idioma. "Sois unas personas increíbles, me siento afortunado por haberos conocido. Bosnia y Herzegovina está ahora en mi corazón." A su vez, Sejo me devuelve con ayuda del traductor palabras sinceras y llenas de afecto agradeciéndome mi visita y mi ayuda. "Ha sido un placer amigo" es lo último que traduzco. Las miradas dicen lo demás. Soy de lágrima fácil

y debo contenerlas mientras me alejo poco a poco de mis nuevos amigos.

Un nuevo día, una nueva aventura. El Este, sigue estando al Este, a mi espera. Hacia allí me dirijo, porque hay algo que me llama desde lo lejos. No sé lo que es, ni donde se encuentra, aunque lo encontraré. Con mis últimos marcos bosnios tomo un té en la terraza del bar del motel de "Bileca". Algunos hombres bien vestidos discuten sobre cuestiones que desconozco, con el sonido de una televisión con interferencias de fondo, mientras yo intercambio unas palabras y unas sonrisas con la joven camarera. Esta, me regala unos chocolates para acompañar el té. "Hvala"

Fuji duerme hoy en un garaje vigilado y cerrado con llave, junto a una limusina matriculada en estados unidos. El lugar es surrealista, tanto despilfarro de dinero es llamativo comparado con el resto de la ciudad donde algunos de los coches que circulan son de los años sesenta. Me aconsejaron andarme con cuidado en esta zona.

*“Hay cientos, por no decir miles, de combinaciones posibles en cuanto a carreteras por escoger en este viaje. Me dejo guiar día a día por mi intuición y mis ganas de ir de un lado para otro. Haber llegado hasta aquí sin haberlo planeado para conocer a Sejo y a su familia, a los dos hermanos y a Tarik, quizás haya sido pura casualidad, o quizás haya sido algo que me ha guiado durante el pasar de los días. Quién sabe. ¿Estaba destinado a conocerlos? ¿Está el destino escrito? ¿Por qué siento como si ya hubiese estado aquí antes? Siento como si ya los conociese, como si en un pasado que ahora no recuerdo hubiésemos compartido momentos juntos, siento como si Bosnia y Herzegovina fuese un lugar al que en algún momento llamé hogar.”*

**24 de junio de 2015**

Mi pasaporte tiene ahora algo más de color en sus páginas. Otro sello ha sido grabado con tinta roja al cruzar la frontera con Montenegro. Aunque más importante es lo que se graba dentro de mí con el pasar de los días. Este viaje ha valido la pena desde su primer día. Hace casi dos años decidí empezar a ahorrar para esto. Cada mes, ponía de lado algo de dinero para financiarlo. Ha costado, y si ahora estoy aquí, es también gracias a las aportaciones de amigos y familiares. Gracias también a los compañeros de trabajo del parque de aventura en el que trabajé dos veranos en Suiza y que me regalaron sus partes del bote de propinas. Les prometí enviarles postales durante mi periplo, y así lo he estado haciendo. Mientras ellos son invadidos por cientos de clientes que escalan en los árboles con sus arneses de seguridad, yo, escalo pequeños y grandes puertos de montaña por paisajes distintos. Ahora, las montañas de Montenegro me ponen a prueba. Un pequeño país con mucho por ver. La costa es allá donde grandes barcos llegan con miles de turistas cada verano, y el centro del país, es por donde yo disfruto con Fuji.

“No soy muy rápido” les digo a Jovan y a Igor, dos chicos con los que me cruzo en una pequeña carretera cuando me ofrecen mostrarme el monasterio de “Ostrog”. Este está colgado en la roca a varios kilómetros por una carretera empinada con decenas de curvas. “No importa, subiremos juntos” Dice Jovan. Curva tras curva, nuestro convoy avanza con paso firme para visitar uno de los lugares más famosos del país. Pequeños grupos de personas suben a pie, los coches están prohibidos. Muchos vienen aquí en busca de milagros, como los sucedidos años atrás según me cuenta Jovan. Las vistas son únicas sobre un valle amplio con tonos de colores distintos según se avance con la mirada. Construido en un acantilado, fundido con la roca, silencioso y a tocar de cielo. Precioso.

El asfalto pulido me permite rodar a grandes velocidades cuesta abajo, soltar el manillar, alzar los brazos y sentir el viento en la cara. Navegar sobre Fuji por Montenegro. Disfrutando del milagro de la vida. “Estoy vivo”. En dirección Este, está el país más pobre de Europa, y uno de los más peligrosos según cuentan. Albania. Hacia su frontera me dirijo. Hacia sus tierras de las que apenas he leído algún artículo suelto y algún que otro relato de viajeros. No logro imaginar cómo será, ni sus paisajes ni sus gentes. Es uno de esos países de los que poco se habla, al menos allí de donde yo vengo.

*“Los sueños deben ser realizados, la vida debe ser vivida y los recuerdos nunca deben ser olvidados”*

**26 de junio de 2015**

- **¡Somos ricos Fuji!** Le digo bromeando.
- **¿Cuánto son 1300 Leks en euros?** Pregunta ella.
- **Son unos nueve euros al cambio.**
- **Ya... Ricos en cuanto a dinero no creo que seamos justamente.**

Un billete de mil, uno de doscientos y dos monedas de cincuenta Leks, es lo que me dan de cambio al pagar un refresco con un billete de diez euros en un pequeño bar escondido al borde de la carretera.

La carretera es buena, avanzo rápido por este nuevo país. Viajo en dirección al lago de "Shkoder", allí hay un camping económico en el que pasar la primera noche. Unas grandes montañas se alzan a mi izquierda. El sol se abre paso entre algunas nubes densas y crea unas sombras preciosas sobre el paisaje. Apenas hay alguna que otra casa suelta en los campos. Circulan viejos automóviles a grandes velocidades y también carretas cargadas de frutas. Motocicletas ruidosas y camiones que desprenden grandes masas de humo cuando aceleran para adelantarse todos entre sí. Parece todo algo caótico, aunque siempre dejan un buen margen de seguridad a quienes van sobre dos ruedas. No faltan las bocinas y las sonrisas mientras me adentro cada vez más en este país. Tampoco faltan los vertederos clandestinos en los bordes de la carretera, donde decenas de bolsas de basura se amontonan desprendiendo fuertes olores que me provocan alguna que otra arcada. Todo está más sucio. Cruzo un pequeño riachuelo en el que las bolsas plásticas serpentean con la corriente del agua mientras se agarran a las rocas...

Pocos kilómetros después de un búnker transformado en salón de tatuajes, encuentro la entrada al camping. Una valla metálica forma un cuadrado de varios cientos de metros en el que plantar la tienda y evitar que cualquier persona ajena al camping pueda acceder a su interior. El vigilante me deja entrar tras un par de preguntas a las que contesto a través del interfono. Su precio es casi insignificante, al igual que el de la comida. Me viene bien llenar el estómago con varios platos locales mientras poso la vista en el lago y sus montañas que lo rodean. Es realmente precioso. Tranquilo y acogedor. ¿Pero, será peligroso este país tal y como dicen? ¿Es la gran valla metálica que supuestamente nos protege de lo externo lo que hace que me cuestione tales cosas? "No hay nada que temer" me dice Hervé

mientras charlamos sentados en la hierba. Lleva en Albania unos días viajando sobre su Transalp y no ha tenido más que buenos encuentros. Según me cuenta, la gente es hospitalaria y sonriente. Siempre dispuesta a ayudar a los extranjeros. Si bien hay regiones a evitar, como en todos los países, no hay de qué preocuparse, y menos viajando en bicicleta o en moto. “No llevamos joyas ni grandes coches que llamen la atención” Dice Hervé a la vez que expira el humo de su cigarro. “Todo va a salir bien”, es lo que me dije cuando empecé el viaje y es lo mismo que sigo pensando. La charla sigue durante varias horas con Hervé. Parisino, trabajador social, de unos cincuenta años de edad, ha salido a viajar durante varias semanas por Europa en su moto. Tiene como destino la costa griega, donde se casan unos amigos suyos. Da gusto volver a hablar francés después de tanto tiempo, y da gusto poder compartir con otra persona impresiones sobre países y experiencias que uno vive mientras viaja. Nosotros somos aquí los turistas. Otras pocas charlas con alemanes e ingleses, todos viajeros e instalados en el camping, harán que la velada sea más bien entretenida hasta que cada uno se meta en su saco de dormir unas horas.



*“La nieve, la lluvia, la aventura y la vida. Todo está ahí fuera, a nuestra espera.”*

**28 de junio de 2015**

Mi mente viaja hacia el pasado mientras pedaleo, mientras observo nuevos horizontes nunca vistos. Los recuerdos viven, no cabe duda. A veces, algunos olores hacen revivir momentos lejanos. A veces miro hacia atrás y me digo a mí mismo "No puedes ser más afortunado". Cuando miro desde otro punto de vista a lo que ha sido hasta ahora mi vida siento envidia de mí mismo. Y es que a pesar de los duros momentos por los que haya pasado, los buenos han sido muy buenos. Hasta ahora, siempre he hecho lo que he querido dentro de mis posibilidades y eso no tiene precio. Soy un hombre afortunado y soy consciente de ello. El mundo me ha dado más de lo que he necesitado.

¿Y yo, que le dado a cambio? No gran cosa. Siempre he sido consciente de mi egoísmo. Algunas veces he hecho pequeños gestos, pero nunca lo suficiente para contrarrestar mi paso efímero en este planeta. Hubo una vez en la que apadriné a un niño durante un tiempo, hasta que descubrí el negocio que había tras ese dinero que desaparecía en su mayor parte. También, gracias a una pequeña organización con grandes oficinas planté un centenar de árboles en Nigeria pensando que algún día los vería crecer. Pero de nuevo, un dinero que tanto cuesta ganar desaparecía como por arte de magia... Entonces decidí usar mis propias manos labrando un pequeño huerto de forma voluntaria en el país vecino. En Asturias, España. Aquella fue una gran experiencia de la cual guardo muy buenos recuerdos de momentos pasados con Juan Carlos. Entendí entonces que si uno quiere hacer algo, debe hacerlo él mismo. Por aquel entonces empecé también a escribir pequeños textos y algunas poesías. Había y siguen habiendo dentro de mí palabras siempre dispuestas a salir para formar frases, algunas con sentido y otras no. Ahora, mientras atravieso este singular país llamado Albania me pregunto qué es lo que podría hacer yo y que ayudase a la sociedad. Si bien me encanta la idea de regalar la bicicleta al final del viaje a alguien que la necesite, mi mente ha sabido encontrar otras opciones con el paso de los días. ¿Quizás podría hacer algún tipo de voluntariado en algún lugar? ¿O bien podría vender a Fuji y usar el dinero en alguna causa? Esta última opción crea un sentimiento extraño en mí, ¿vender a Fuji, a mi amiga y compañera de viaje? Habrá que pensarlo más detalladamente... He ojeado estos últimos días oportunidades de voluntariado en varios países, incluido Albania, aunque no he tenido éxito. Tan solo he encontrado organizaciones cuyas oficinas están en

lejanos países en las que hay que abonar grandes cantidades de dinero para poder ayudar unos pocos días. Mil tres cientos euros por una semana de voluntariado en una pequeña escuela. No dispongo de tanto dinero... ¿Y, quien me asegura que ese dinero será destinado en su totalidad al proyecto? No logro confiar en las grandes organizaciones todavía.

Cada vez hay más tráfico, coches, camiones, motos y bicicletas por todas partes. Aire sucio. Noto la garganta seca. Me acerco lentamente al centro de esta gran ciudad llamada Tirana. La capital del país. Aquí reina el caos, aquí las normas de tráfico a las que uno está acostumbrado se esfuman cuando en un cruce en el que creo tener prioridad me veo rodeado por decenas de automóviles que vienen y van. ¡Que locura, que emoción! Me rozan automovilistas con prisa e indico con los brazos mis giros en las rotondas. Adelanto a otras bicicletas cargadas de cajas, me adelantan motocicletas por el lado derecho y también otras vienen de frente por mi carril aunque yo sigo con mi trayectoria por no saber muy bien que hacer. Me dejo llevar por el caos hasta que soy parte de él. No tardo mucho en fundirme en el entorno y volverme uno de ellos. A mi vez, paso por alto varios semáforos y circulo en contra dirección por carreteras de varias vías. Veo como una bicicleta que va no muy lejos por delante de mí y cargada con bolsas de tela enormes va a colisionar contra un coche que se cruza en su camino, el hábil ciclista no frena, no porque no quiera, sino porque no puede. No lleva frenos así que pone los pies en la calzada y derrapa unos metros tambaleándose de un lado para otro. La ciudad es inmensa y atravesarla sobre dos ruedas me permite presenciar los distintos barrios y sus formas de vida. Hay calles repletas de paraditas improvisadas donde uno puede comprar lo que quiera. Olores a especias y pedazos de carne expuestos al sol donde las moscas se revolotean. Frutas de todo tipo y ropas coloridas. Gente rebuscando en los contenedores y perros vagabundos. Es un choc para la mente acostumbrada a países más desarrollados. Veo un perro grande muerto en medio de la calzada, otros cojeando, un hombre con medio cuerpo dentro de un contenedor y muchos otros sin zapatos vagabundeando por las calles. Tirana...

Tras una parada en el centro para tomar un té por apenas cuarenta céntimos de euro, dejo la ciudad atrás para seguir en dirección a "Elbassan", por donde quiero llegar a Macedonia, un país que no entraba en mis planes pero que con el pasar de los días ha ido llamando mi curiosidad. Decido alejarme del gran eje de carreteras del centro del país y seguir por los pies de las montañas, por pequeñas carreteras secundarias. Hay agujeros en la calzada grandes

como una persona donde han metido neumáticos de coche para que nadie caiga en ellos. Todo vibra y rebota sin parar mientras zigzagueo de un lado para otro de la carretera para evitar así la mayor cantidad de agujeros posible. Los coches hacen lo mismo, el ritmo es lento y las manos y trasero sufren constantemente durante los quince kilómetros que dura el peor tramo de carretera por el que he circulado en toda mi vida.

“Te prometo que esta noche apreto todos los tornillos que se están aflojando”. Le digo a Fuji entrecortadamente a causa de las vibraciones. No está diseñada precisamente para la montaña, aunque siempre está dispuesta a aventurarse por cualquier terreno. Oigo como me saludan desde algunas casas a lo lejos “¡Hello my friend!” a lo que yo contesto “¡Hello!” gritando para que me oigan a la vez que agito los brazos. No sé cuánto turismo habrá en este país, quizás en la costa logren vivir correctamente, pero aquí, en los campos, dudo mucho que vean pasar a menudo a extranjeros. Los albaneses son sonrientes y amables. Todos y cada uno de ellos saben decir “Hello, where are you from”.

*“No importa avanzar pocos kilómetros, porque por pocos que sean, se avanza. Siempre hacia adelante, eso es lo más importante”*

**30 de junio de 2015**

**- No creo que nos llamen la atención.** Le dije a Fuji mientras observábamos en la entrada del túnel de la autopista que lleva “Elbasan” a un coche policial.

**- Ya hemos recorrido decenas de kilómetros por autopista esta mañana y todo ha salido bien. ¿Si carretas con caballos lo hacen por qué no nosotros?** Contestó mi compañera.

Había marcas de neumáticos de bicicleta dentro del túnel, no fui el primero ni el último en colarme por él para evitar el puerto de montaña. Un túnel con una buena pendiente por la que descender a casi sesenta kilómetros por hora con los brazos al aire. Por el carril de servicio cerrado a los automóviles con pequeños conos plásticos. Los dos policías sentados en su coche patrulla ni siquiera se inmutaron al pasar a su lado. Quizás estaban descansando, tomando café, jugando a las cartas o cualquier otra cosa. Quién sabe.

Hoy despierto bruscamente por el sonido y el temblor de la tormenta que azota las montañas albanesas. “No me apetece mucho pedalear” es lo primero que mi mente piensa al ver el temporal que hace fuera, aunque pasada una hora en la que apenas me muevo en la cama del motel la lluvia va perdiendo intensidad. Bajo a despedirme del dueño del local, con quien he podido charlar largas horas en el día de ayer gracias a que este habla perfectamente italiano. He aprendido sobre Albania cosas que no sabía y descubierto comidas con fuertes sabores que han deleitado mi paladar. El “Fëgesë Elbasani”, es un plato cocinado al horno en un tarro de barro en el que huevos revueltos con salsa picante están mezclados con trocitos de hígado y recubiertos con lonchas de tomates, cebolla y pimientos verdes. Está riquísimo. Igual que los dulces que no quisieron cobrarme. “En esta casa los dulces nunca se pagan” Me dijo mientras también me regalaba verduras cosechadas de su huerto. Varios pepinos y pimientos verdes con los que poder prepararme una buena cena esta noche. La cena de ayer costó apenas dos euros, a uno se le quitan las ganas de cocinar en la habitación. Mientras desayunamos, me traduce parte de las noticias que vemos en el viejo televisor de la pared. Más cortes de luz y de agua en la región, algo habitual. Pobreza, también habitual aunque de esto poco se habla. Es él quien me lo cuenta. Aquí, el sueldo medio es de unos ciento diez euros al mes con lo que es muy difícil vivir. Luego una noticia a la que le

dedican largos minutos, una redada contra una banda de narcotraficantes en el que un policía ha muerto y otros dos han resultado heridos. No es la primera vez que me hablan sobre la droga en Albania aunque si es la primera vez que veo imágenes aéreas del lugar de los hechos. Los narcotraficantes estaban armados hasta los dientes. Tenían ametralladoras pesadas para defender sus centros de producción.

## **Así informaba el noticiero:**

TIRANA (AFP)

La policía ha arrestado a ocho personas relacionadas con el tiroteo en el pueblo de "Lazarat", conocido como el "reino del cannabis" por su producción a gran escala de marihuana.

Este pasado sábado, más de 400 policías armados y acompañados por helicópteros rodearon el pueblo de "Lazarat" donde un grupo armado se atrincheró y abrió fuego con metralletas y cohetes anti tanques.

Los arrestados, incluidos dos hermanos sospechosos de estar directamente vinculados con el tiroteo y el asesinato del agente de policía están entre rejas y a la espera de ser juzgados dijo el portavoz de la policía "Enrjeta Camani" a la AFP.

Según un informe de la policía italiana, hasta esta operación, el pueblo producía 900 toneladas de marihuana anualmente.

Paro a comprar el desayuno y sin ninguna prisa dejo que mis piernas pedaleen según sus ganas. Me gustaría por lo menos llegar al siguiente gran pueblo, a unos 20 kilómetros y ver qué sucede con el tiempo. Mientras llueva como ahora no hay problema, me mojo pero no es muy molesto. Pasados los primeros cinco kilómetros oigo ladridos, miro a mi derecha y en el campo que hay debajo de un muro de unos tres metros de altura hay unos 5 o 6 perros que me están ladrando. Parecen muy excitados, enfurecidos. No me gusta nada pero me digo que es imposible que salten el muro y lleguen a la carretera. Hago un pequeño "sprint" para intentar dejarlos atrás pero todos ellos corren paralelamente a mí en el campo. Entonces aminoro la velocidad y reflexiono. Miro a lo lejos y parece que el campo en el que están sube de nivel y estaremos a la misma altura así que podrán llegar a la carretera a menos que esté vallado, cosa que dudo. Siguen ladrándome y sigo pedaleando no muy deprisa. He decidido cuál va a ser mi estrategia. Parecen perros salvajes y hay uno de ellos que no me gusta en absoluto como me mira y ladra. Los observo, me ladran, no los observo y siguen ladrando. Estoy a unos doscientos metros del

lugar donde se une la carretera con el campo, ahora es el momento crucial. Así que empiezo a acelerar, más y más, porque mi plan es llegar antes que los perros al lugar en donde se unen el campo y la carretera y poder dejarlos atrás. Conforme voy acelerando, los perros hacen lo mismo. Subo otra marcha, cuanto más deprisa mejor pero los perros también suben de marcha. Ahora empiezo a dudar en si llegaré antes que ellos, parecen estar cómodos corriendo en paralelo. Uno de ellos más que el resto, el que peor me mira. Subo otra marcha más y cambio también de plato. Ya estoy muy cerca, tan cerca que puedo ver los ojos de color negro del perro que va en cabeza, liderando el ataque. Tan cerca que me doy cuenta de que no voy a llegar antes que ellos. Se sube a la carretera el primer perro al mismo tiempo que yo llego y me veo obligado a invadir el carril contrario para evitar que me muerda en la pierna. Con todas mis fuerzas pedaleo, con los ladridos persiguiéndome, con la mandíbula del de ojos negros rozando mi neumático trasero ahora que voy unos centímetros por delante. Y es que por pocos centímetros que sean, voy por delante. No bajo de intensidad y muy lentamente voy ganando terreno, centímetro a centímetro, metro a metro hasta que pasados unos doscientos metros he logrado dejar atrás a los perros albaneses. No me detengo, tan solo miro hacia atrás para observar como siguen ladrando. Observan al vencedor de la carrera. Fuji me felicita y yo río fuertemente mientras también expulso alguna que otra palabra de emoción. “¡joder!”, le grito al mundo. ¡Qué carrera!, ¡Que emoción y que subidón de adrenalina! Ha sido una gran victoria. Afortunadamente el terreno era llano con lo que he podido pedalear deprisa. ¿Qué habría sucedido de ser cuesta arriba?



**1 de julio de 2015**

Mientras paso cerca de un “Lavash” de coches, que no es más que un cubo con agua y una esponja, choco las manos con un joven niño de apenas diez años con una gran sonrisa. Muchos son los que viven de esto, los he visto por decenas en todas las carreteras por las que he pasado. Parece que tan solo se limpien viejos mercedes de dudosa procedencia y algunos otros coches deportivos que se ven a menudo circular creando un contraste curioso entre pobreza y riqueza. Hervé me contó que la mayoría de estos coches de grandes cilindradas fueron robados en Italia e incluso en Alemania. Además, pocos son los que tienen permiso de conducir, sin hablar de seguros para el automóvil. Muchos otros viven de la venta ambulante de fruta al borde de las carreteras siempre transitadas. Casi todos venden sandías y algunos melones. Tomates y pepinos. Albania es un país curioso. He conocido personas a quienes les ha enamorado por completo, aunque a mí, no me ha producido tal efecto. Es bello, no hay duda, sus montañas son espectaculares y las personas acogedoras, aunque no me acaba de encantar como a otros.

En la foto del pasaporte tengo el pelo realmente corto y ahora llevo un pelo afro que con el viento gana mucho volumen. Sonriente, el agente de la aduana me dice que tengo el pelo muy largo comparado a la foto, asiento sonriendo. Me pregunta si es mi primera vez en el país y a donde voy. Tras varias preguntas más, algunas necesarias y otras más bien por curiosidad propia me desea buen viaje y me permite entrar en su país. No hacen falta más de unos pocos kilómetros para que uno se dé cuenta de cómo cambia el paisaje.

Todo está mucho más limpio, es lo primero que pienso mientras desciendo por una amplia carretera bajo unos suaves rayos de sol. Es un gran cambio, no tiene nada que ver con Albania, un país curioso del cual he aprendido más de lo que pensaba tras cruzar su capital, sus caminos y carreteras, tras haber visto su pobreza con mis propios ojos. Esas experiencias te vuelven a poner en tu lugar, siempre y cuando lo quieras aceptar. A mí me ha hecho ver y comprender lo afortunado que soy en este mundo. Si bien siempre he sido consciente de ello, ahora lo entiendo mejor.

Quiero pasar la noche en la orilla del lago “Ohrid”. Uno de los lugares más famosos del país. Sin duda el lugar más turístico y con más afluencia de turistas, aunque de momento, pocos son los que me he cruzado. Me pierdo por algunos pequeños pueblos tranquilos, donde la gente parece caminar a un ritmo más lento que en otros sitios. Se

respira tranquilidad. “Selam malecum” me dicen al entrar en un pequeño restaurante en busca de algo que comer. Señalando con la mano, el gerente, me indica cuales son las mejores carnes que tiene expuestas en sus neveras. “This, good”, “This, very good”, “This, very very good”. Me decanto por la última, la que es “muy muy buena” según él. Y lo es, también el precio. Apenas tres euros por la hamburguesa acompañada de patatas fritas caseras, el refresco y el postre.

Soy bienvenido con un café recién hecho por el dueño del camping, quien me indica donde instalarme en su diminuto terreno junto a la orilla. No creo que se puedan encajar más de quince tiendas de campaña aquí. Tiene un baño diminuto para todos y un gran restaurante donde poder comer a gusto con unas vistas únicas. Aprovecho la tarde para reorganizar las mochilas, limpiar la ropa, el cuerpo y a Fuji, quien meto en las frías aguas del lago para poder quitarle toda la suciedad acumulada estos últimos días. Son muchos los tornillos sueltos que debo apretar, volver a engrasar la cadena y revisar que todo esté en orden. Todo está en perfecto estado, tan solo un par de rasguños en el cuadro a causa de algún que otro tropiezo se dejan ver.

Oigo el sonido de un motor entrar por el estrecho camino hacia el camping, un sonido que me es familiar. Miro por la ventana del restaurante, ¿y a quien veo llegar sobre su Transalp? ¡A Hervé! ¡Que sorpresa! Nos alegramos de vernos después de varios días. Nunca hubiésemos imaginado volver a encontrarnos por estas tierras después de conocernos en el norte de Albania. Cada uno siguió con su camino sin saber a ciencia cierta a donde iba y aquí estamos ahora, tomando una cerveza al borde del lago junto a Martin, otro motero a quien Hervé conoció días atrás y con quien también se ha vuelto a encontrar por casualidad esta mañana. Compartimos nuestras experiencias en Albania. Hervé ha recorrido muchos kilómetros por sus montañas y por la costa, me describe lugares y escucho atento para no perderme ningún detalle. A mi vez le cuento mis experiencias con los perros salvajes, las carreteras con socavones y los encuentros con los locales. Los tres sentados en una gran mesa, mantenemos una charla interesante sobre cuestiones existenciales, sobre la vida y sobre los viajes. Sobre lo que buscamos haciendo esto. Martin, el holandés, fue profesor de meditación durante más de veinte años de su vida. Es padre divorciado y un alma libre. Sus consejos no tienen precio. Es una persona sabia y con muchísima experiencia. Con casi setenta años ha dejado las comodidades atrás para lanzarse en un

viaje en moto por Europa en solitario y con apenas unos kilogramos de posesiones materiales.

“Aunque no lo creas, tú ya tienes todas las respuestas a las preguntas que puedas tener” Me dice Martin pausadamente mientras da un sorbo a su cerveza. Esta es, una de las mejores charlas que he mantenido en mi vida, junto con Hervé y Martin. No somos tan diferentes los unos de los otros. Mi mente, siempre dispuesta a pensar tanto sobre cuestiones banales como sobre preguntas existenciales se acuesta hoy sintiendo haber madurado un poco más.

*‘Siempre me preguntan, ¿viajas solo?, a lo que siempre contesto, si. Aunque miento cuanto digo que viajo solo, porque siempre se está acompañado y siempre se encuentran las personas que uno debe encontrar. Aquí estoy yo, junto a la orilla del lago Ohrid con Hervé y Martin manteniendo una de las charlas más interesantes que he tenido en mi vida. Me siento dichoso’*

**3 de julio de 2015**

Macedonia me está gustando cada vez más, no sé si el hecho de haber pasado en Albania varios días y pedaleado por sus llanuras y ciudades es lo que influye en mi percepción de lo que tengo ahora a mi alrededor pero en todo caso, esto me gusta. Hay vastos terrenos deshabitados, lagos inmensos, como en el que ahora contemplo el horizonte, en los que apenas uno se cruza con pocas personas. Practico el arte de la contemplación y del no hacer nada. El paisaje espectacular por el que estoy rodeado me induce serenidad.

Tranquilidad absoluta al borde del agua, con los pies en remojo en las frías aguas del lago. Las algas bailan al ritmo de las pequeñas corrientes. Aquí, tan solo un hotel alberga a un grupo de estudiantes poco ruidosos. La playa, arenosa y con hierba esponjosa hace de camping para el que llegue hasta aquí de forma gratuita. No hay servicios más que los que ofrece el hotel. Por dos euros, uno puede usar el baño y la ducha de una de las habitaciones donde vive un empleado del hotel. Siempre y cuando este no esté en ella. Sirven buenas comidas y bebidas frescas a todas horas. Somos tres acampando aquí. Dos motoristas polacos comparten la inmensa playa conmigo. No falta sitio. Este es el segundo lago más grande de Macedonia tras el de "Ohrid" que está desarrollado para el turismo. Este, a tan solo unos kilómetros tras unas grandes montañas, es poco conocido por los turistas a pesar de su encanto.

Cambié de ruta para llegar aquí en lugar de seguir hacia "Bitola". Y nada más llegar aquí decidí pasar un par de noches en la orilla. Estoy embobado por el paisaje, por la tranquilidad que reina aquí. Salgo a pasear con Fuji, sin las maletas, por los alrededores. Me cuesta mantener el manillar recto al no llevar todo el peso de las mochilas delanteras. Rio mientras pienso que parezco alguien que se monta por primera vez en una bicicleta. La orilla es tranquila, tan solo hay un diminuto pueblo a varios kilómetros donde comprar algunas cosas en un supermercado escondido. Apenas me cruzo con pocas personas y con una tortuga que avanza lentamente sobre la tierra del camino por el que circulo a mi vuelta. Que bien sienta el silencio, el descanso, el no hacer nada más que contemplar la vida que hay en este lugar, y mi propia vida.

Mientras tumbado en mi silla, con un refresco en la mano, los pies descalzos acariciando la hierba y el sol reflejándose en el agua, oigo como una Transalp se acerca por la carretera. Es un sonido que ahora

conozco muy bien. Es Hervé, no tengo dudas. Me giro lentamente y ahí aparece el parisino sobre su moto, con una gran sonrisa, embobado. Igual que yo cuando llegué a este lugar. A los veinte minutos ya estamos sentados en la terraza del hotel tomando una cerveza y charlando sobre los dos últimos días. Nos hemos vuelto a encontrar en el camino. Cuando nos despedimos la última vez pensamos que no nos volveríamos a ver, ya que él quería ir un poco hacia el norte del país y yo hacia "Bitola", aunque ambos cambiamos de opinión y aquí estamos ahora. Charlando de mil y una cosas a la vez hasta que el sol se pone lentamente tras las montañas tiñendo el agua del lago de colores cálidos e acogedores. Cenamos, y a su vez, la luna despega hacia las alturas cambiando los colores del agua a otro tono aún más espectacular. Nos sentimos afortunados, vivos, felices.

**5 de julio de 2015**

He recibido un correo de Sejo, desde Bosnia y Herzegovina, aunque estoy seguro de que es Tarik quien lo ha escrito. No creo que Sejo haya aprendido inglés en tan poco tiempo. Están bien, ocupados en el camping y disfrutando de su tranquilidad mientras de vez en cuando llegan turistas a pernoctar. Me han informado de que en una zona de Albania por la que he pasado han asesinado a dos turistas para robarles el dinero y todos sus objetos de valor. Después de un poco de investigación, me doy cuenta de que yo pasé por allí un día antes. Quizás esta noticia incrementa la mala fama del país aún siendo un hecho bastante aislado.

Dejo "Bitola" atrás, con su bazar, conocido en toda la región en el que me adentré por sus estrecho callejones y plazas recubiertas con lonas de plástico y cartones. Ahí se puede encontrar de todo. Había cientos de paradas con verduras y frutas, pescados y carnes. Miles de voces sonaban bajo los techos improvisados en un idioma que no entiendo. Algunas voces se alzaban más que otras. Las había de alegres y de apagadas también. Todas ellas juntas forman la humanidad.

La carretera es valonada con muchas líneas rectas que parecen no tener fin. Procuero no pensar en ello y me centro en la respiración y en la contemplación del precioso paisaje que me rodea. Macedonia es realmente increíble. Es rico en naturaleza y en colores. No había visto siquiera una fotografía de este país antes de llegar. No conocía nada en absoluto de sus tierras y la verdad es que estoy agradablemente sorprendido.

Los días se suceden, uno tras otro, ofreciéndome paisajes cambiantes, personas acogedoras y comidas ricas en sabor. El tiempo vuela mientras avanzo a ritmo lento. Las costumbres cambian tras cruzar las fronteras para que uno descubra la historia de cada país mientras charla con sus habitantes. La moneda cambia también, para que uno deba calcular cuánto equivale lo que compra en unos euros tan difíciles de ganar. Tres mil kilómetros llevamos con Fuji recorridos desde que salimos. Y dentro de mí, siento haber recorrido un camino que no puede ser medido con distancias. He aprendido muchas cosas, no hay duda. He encontrado varias respuestas a la vez que otras preguntas se han generado. La vida es increíblemente interesante. Y más lo es cuando esta se comparte con alguien. En medio de un camino arenoso y silencioso, mientras veo como pasa algún que otro tractor, mientras Fuji reposa apoyada junto a una roca, esta vida tan

curiosa me obsequia con un pequeño instante de claridad del cual sacar buenas conclusiones. Me doy cuenta de muchas cosas, me veo a mi mismo desde otra perspectiva. Veo al observador observado. Decido, en un abrir y cerrar de ojos, volver a Andorra para la boda de mi amigo Nicolas quien se casará a finales de agosto. “Lo siento, no sé dónde estaré por esas fechas” le dije cuando me invitó a su boda hace ahora unos meses. En aquel entonces pensaba que estaría en pleno viaje, en algún lugar perdido de este mundo. Necesitaba este viaje. Es algo que debía hacer porque era mi mayor sueño. Lo entendió perfectamente y nunca me reprochó el hecho de que no fuese a asistir a su boda. Pero ahora, me doy cuenta de lo egoísta que fui. Si bien sigo necesitando este viaje, también necesito estar en la boda de mi amigo, junto a él, porque será quizás el día más importante de su vida y necesita que estemos todos allí. Así pues, decido seguir mi camino hacia el Este, como siempre, y sin saber todavía donde terminará esta aventura. Tan solo sé ahora, que volveré unos días antes de la boda y asistiré a esta sin avisarle. Estoy seguro de que se llevará una gran sorpresa.

**- Es la mejor decisión que puedas haber tomado.** Dice Fuji desde su roca.

**- Si, eso creo yo también. Mi sueño ha sido realizado, he encontrado parte de lo que buscaba y todavía queda mucho tiempo por delante para descubrir lo que está a mi espera. Todo encaja a la perfección.**



*“Cuando la naturaleza te obsequia con una inmensa tranquilidad, uno puede ver más allá dentro de sí mismo. Ahora veo algo que no pude ver mil kilómetros atrás. Me veo.”*

**7 de julio de 2015**

Quizás, saber con antelación que tarde o temprano uno se va a perder ayuda al viajero, quien frustrado por momentos, piensa en cómo le gustaría estar en la cama para no hacer nada. Esos pensamientos absurdos vienen y van de vez en cuando en los momentos difíciles. Apenas me queda agua, hace un calor terrible, no sé dónde estoy, no tengo mapas de la zona y mi cuerpo está resentido por los largos kilómetros de camino de barro y piedras en el que debo bajarme constantemente de la bicicleta para empujar. Tan solo algunos tramos planos donde la tierra está batida me permiten avanzar a una velocidad decente. Aun así, uno siempre sigue adelante, siendo esta la única opción. ¿Volver hacia atrás? Jamás. ¿Rendirse? Absurdo.

Todo sufrimiento tiene su recompensa. En el caluroso día de hoy, me cruzo con tres guardias de seguridad quienes disfrutan de unas frutas bajo la sombra de unos árboles a la entrada de un pequeño pueblo. Hacen un pequeño descanso antes de seguir con su jornada. Son gigantescos, nadie querría verlos enojados. Desprenden bonanza a pesar de ser personas serias con unos ojos en la nuca necesarios para su trabajo. Compartimos unos pedazos de melón y sandía mientras ríen al levantar a Fuji y verme a mí a su lado, tan delgado y pequeño. No me creen cuando les cuento desde dónde vengo en bici. Ello hace que yo ría al contarles los países por los que he pasado y hace también que con cada una de mis risas estos me crean un poco menos. Estrechamos las manos para despedirnos y sigo la carretera aconsejada por estos tres generosos hombres hacia el lago del pueblo de "Dorjan". En la entrada del hotel más barato de la región, al borde del inmenso lago, y como en muchos otros lugares de este país, hay un adhesivo en el cual se prohíbe la entrada al establecimiento con armas de fuego, sin embargo, otra arma está permitida. Todo el mundo fuma. Pago por dos noches sabiendo que me quedará alguna más. Este es el lugar que estaba buscando para descansar varios días seguidos.

**11 de julio de 2015**

Hasta otra les digo a mis amigos macedonios. Su bonanza me ha hecho sentir como en casa estos días. A pesar de haberme alojado en este pequeño hotel, ha sido como vivir con ellos. Compartir sus comidas, las charlas junto a un pequeño televisor parpadeante, los paseos por la costa y por el pueblo... Ha sido agradable. Mi cuerpo ha podido descansar y Fuji también, aunque ella parece nunca estar cansada. En el hotel todos conocen mi nombre y el país de donde vengo. Ha corrido la voz rápidamente. Durante nuestras charlas con Stamen, el sereno del hotel, le he contado varias cosas sobre mi viaje, y este, lo ha traducido a quienes querían saber. Orgulloso, les ha mostrado en un mapa donde se ubica Andorra, y marcando con el dedo, ha numerado los países que he cruzado para llegar hasta aquí. Sienten mucha curiosidad por un país del que antes no habían oído hablar. Tan solo una joven pareja conocía el nombre del país, aunque no sabían ubicarlo muy bien en un mapa.

- **Grecia está tras aquella línea.** Le digo a Fuji, ansiosa por seguir. Es inquieta por naturaleza y no se tranquiliza hasta que cogemos velocidad.

- **¿Por qué están separados los países por líneas imaginarias llenas de hombres armados?** No sé si soy yo quien lo pregunta en mi mente o si es Fuji quien lo hace. Quizás ambos nos cuestionemos lo mismo...

Adelanto más de una decena de coches para pasar primero la frontera, así lo hacen los moteros también. Unas pocas preguntas por parte de los agentes de aduanas y vía libre. Grecia me da la bienvenida con un calor terrible, con unos campos áridos a mi alrededor y con pueblos fantasma. No me ha sido posible cambiar los cinco mil dinares en la frontera como me habían contado y en mi monedero tan solo llevo una moneda de dos euros. No veo cajeros en los pequeños pueblos y no es hasta que encuentro un pueblo con algo de vida cuando me dicen que el próximo cajero está a unos treinta kilómetros de aquí. Eso dice Constantin, el dueño de un pequeño supermercado con el que charlo durante un par de horas. Dudo que mis piernas tengan fuerzas para treinta kilómetros más después de varios días sin hacer ejercicio. Pasaré la noche junto al lago y mañana seguiré hacia el Este para encontrar el cajero. Me invita a un helado y a una botella de agua fría de sus neveras. Tras una buena charla me tiende incluso un billete de diez euros para ayudarme hasta que encuentre un cajero. Lo rechazo dándole las gracias.

**- Acéptalo, ya me lo devolverás en otra ocasión, así podrás parar por el camino a tomar un refresco hasta que des con el cajero.** Dice Constantin.

**-De verdad que te lo agradezco, pero no puedo aceptarlos, tengo lo necesario para seguir.**

**- Está bien, pero ahora somos amigos, y los amigos se ayudan entre sí. Si no quieres aceptar el dinero lo entiendo, pero acepta mi ayuda. Aquí tienes mi teléfono, no dudes en llamarme si estás en apuros en nuestro país.** Dice sonriente mi nuevo amigo mientras anota su número en un pedacito de papel.

**-Gracias amigo.**

La situación en Grecia es delicada, la crisis ha afectado aquí con mucha fuerza a las vidas de los trabajadores. “Mañana verás largas filas en los cajeros” dijo Constantin mientras charlábamos. Todo el dinero que estas personas han depositado durante mucho tiempo en sus bancos es distribuido a cuenta gotas por las maquinas. El mundo está lleno de ladrones, aunque a algunos de ellos no se les juzga e incluso se les ayuda... ¿Dónde está la justicia?

Hay patos nadando cerca de la orilla, algunas vacas sueltas y un pastor con un rebaño de unas cincuenta ovejas que rodean mi tienda de campaña plantada bajo unos árboles. Dos perros salvajes y también varios caballos corriendo de un lado para otro. Es simplemente increíble. Es quizás el atardecer más bonito que he visto en mi vida. Solo, en la orilla del lago, disfruto de una sopa de ternera que comparto con uno de los perros que se ha acercado a jugar. Lo llamo Jeff, el hiperactivo. Pequeño, negro y con ojos grandes. Me sigue a todas partes y cuando se sienta lo hace a mi lado.

**13 de julio de 2015**

Mi llegada a “Serreç” fue dura, el calor es difícil de soportar en estas tierras. Apenas hay árboles bajo los que refugiarse del abrasador sol. El agua de los botellines se calienta enseguida y los pueblos están alejados los unos de los otros por las carreteras que circulo. Una pequeña toalla atada en el manillar me ayuda a secar cada pocos metros el rostro transpirado y los brazos. Una vez en el centro de la pequeña ciudad me crucé con un anciano quien me indicó como llegar a un hotel. Parecía no tener hogar por sus prendas descosidas y suciedad. Seguí varias calles hasta el lugar indicado pero el precio era excesivo. Unas calles más lejos volví a ver al anciano, quien me dio otras indicaciones para llegar a otro hotel con precios fuera de mi presupuesto, así que seguí varias calles más hasta volver a encontrarme con el anciano. ¿Será casualidad? ¿Me estará siguiendo? ¿Correrá por calles paralelas a mí para alcanzarme? ¿Quién es este hombre? No lo entendía. Las ultimas indicaciones fueron buenas, y llegué a un pequeño hotel en el que tuve que cargar por unas estrechas escaleras a Fuji hasta llegar a la tercera planta. Aire acondicionado y una cama doble. Una ducha y buenas vistas. El gran lujo a buen precio.

Las cuevas de “Alistrati” fueron descubiertas en 1912 por casualidad por unos campesinos que cazaban palomas silvestres en la zona. Son gigantescas y el aire frio de su interior acaricia mi cuerpo sudoroso tras varios kilómetros de subida por un asfalto hirviendo. Siempre me han gustado las cuevas, hay algo en ellas que me hace sentir protegido, a gusto, en silencio. Me encantaría pasar la noche en los alrededores, y aunque se puede acampar en la zona, el guía me lo desaconseja. Hay aquí grandes concentraciones de reptiles peligrosos. Su mordedura podría ser mortal en algunos casos y cada verano varios turistas son mordidos por adentrarse en los grandes campos y senderos que hay en los alrededores de las cuevas. Sigo pues hasta el siguiente pueblo donde un coche me acompaña por varias calles hasta mostrarme la entrada de una pequeña casa en la cual se alquilan habitaciones a buen precio. Me atiende Stelios, hijo de la dueña de las habitaciones. Este enfermero me muestra mi habitación y me invita a tomar algo en la terraza mientras intentamos comunicarnos con sus pocas palabras de inglés y mi nulo conocimiento del idioma griego hasta que una vecina se une a la mesa para hacer de traductora. Me ofrece comida y agua fresca. Sus dos perros corretean de un lado para otro, bajo la mesa, por las

escaleras y por el pequeño jardín hasta que salen disparados hacia la calle por el portal que dejamos abierto Stelios y yo a mi llegada. A los dos minutos llaman a casa y salen corriendo Stelios y la señora. No entiendo lo que ha sucedido hasta que oigo gritos y llantos hacerse eco en los callejones del pueblo. Salgo corriendo por el portal y me encuentro en frente de mí, a Stelios con las manos en la cabeza y a la señora envuelta en sangre. Una sangre que gotea de uno de sus perros muerto al que se abraza con todas sus fuerzas. Lo han atropellado dos calles más abajo y ahora yace muerto en sus brazos...

*“Lo siento”*

**15 de julio de 2015**

Hoy hago cuentas, organizo el dinero del viaje y pienso en las próximas semanas. Tengo qué comer, tengo salud, me siento bien. Tengo motivación y una bicicleta estupenda que nunca se queja. Todo va como la seda. Tan solo falta una pequeña cosa en todo esto. Algo que le dé quizás un mayor sentido a esta aventura. Un objetivo quizás. Algo que me dé todavía más fuerzas para luchar contra las intemperies y lo que se interponga en mi camino. Llevo tiempo buscando lugares donde ejercer de voluntario, aunque sin éxito. No encuentro nada que me parezca justo. De momento, envío la solicitud para conseguir mi visado turco por Internet. Estoy cada vez más cerca y debo también escoger alguna ruta dentro de sus fronteras. Quizás descienda hacia el sur, hacia "Çanakale", y siga por el sur del país. ¿O quizás podría dirigirme hacia Estambul? Es algo que todavía no tengo claro. Estas últimas semanas me he cruzado con algunos viajeros sobre dos ruedas quienes venían de la antigua Constantinopla y según me han contado, es una auténtica locura cruzar la ciudad en bicicleta.

Una ola de calor está golpeando Grecia, al igual que a muchos otros países europeos. El asfalto por momentos se vuelve un poco pegajoso, la sombra escasea, el agua no sacia la sed. Aun así, estoy aguantando bastante bien las altas temperaturas. Procuro no pedalear mucho a partir de las dos de la tarde cuando el sol está más enfurecido, a menos que me pierda en medio de la nada como muchas veces sucede. ¿Con este calor, quien querría hacer grandes esfuerzos? Los perros. Estos siempre están dispuestos a lanzarse sobre mis pies sin importar el calor que haga o cuanto deban correr para lograr morder algo. Decenas de perros me han atacado en este viaje, aunque parece que he encontrado como hacerles frente. Si es llano y me siento con fuerzas, los dejo atrás. Si es cuesta arriba o no tengo la energía necesaria, freno en seco y me bajo de la bicicleta. Levanto la mano, alzo la voz y les miro fijamente a los ojos para que se dé cuenta de que no estoy para tonterías. Así he logrado varias veces hacer frente a estos animales. Incluso en una ocasión he logrado hacer que se calmen, que bajen la cola y que se vuelvan dóciles hasta darles trozos de pan.

El pueblo griego es increíble, es acogedor y sonriente. Por el momento, tanto en Grecia como en todos los otros países, me he cruzado con las mejores personas de cada lugar. He sido recibido y acogido como uno más en cada uno de los pueblos por los que he



pasado. Me han convidado a bebidas, comidas y a dormir en sus casas en muchas ocasiones. El mundo no está tan mal como se ve en la televisión. Ciertamente, hay desgracias y pobreza en todas partes, pero también hay personas dispuestas a cambiar el curso de la historia con pequeños gestos. He conocido a muchos “Nobeles” de la paz en estos meses. Personas desconocidas que hacen mucho más por el mundo de lo que uno podría imaginar. Hoy, en mi camino me encuentro con dos trabajadores en un pequeño restaurante improvisado en el remolque de un camión al borde de la carretera. Maki y Dimitris me invitan a sentarme con ellos mientras tomo mi refresco para charlar un rato. Una cosa lleva a la otra hasta que llegan varios platos de comida a la mesa, junto con una botella de un alcohol con un fuerte olor a anís. “Ahora que has dado el primer bocado debes también echar un trago. Es tradición en esta región” me dice Maki. El chupito me aviva de golpe y mis ojos se abren a más no poder. Me arde la boca, la garganta y el estómago. Otros dos bocados y me vuelven a servir otro trago... Son apenas los dos del mediodía. A la hora de despedirnos, no me dejan pagar por la comida, ni siquiera por mi refresco. Tan solo puedo darles varias veces seguidas las gracias mientras algo aturdido me monto sobre Fuji para seguir adelante unos kilómetros. Hasta que encuentro un banco de madera a la sombra del campanario de una iglesia en el que caer dormido un par de horas.

**17 de julio de 2015**

De nuevo, algunas de mis lágrimas se han vertido. Esta vez en Grecia, en una diminuta carretera en la que me ha invadido un sentimiento de felicidad extrema haciendo que la piel se me ponga de gallina durante unos minutos. He realizado lo vivo que estoy, lo afortunado que soy, las infinitas posibilidades que me brinda esta vida. Y lo mejor de todo, es que haya sucedido aquí, en una carretera cualquiera, en un lugar extraño sin mucho por ver. Eso me demuestra todavía más que no necesitamos ir lejos para encontrar lo que ya está dentro de nosotros. No importa dónde se encuentre uno, tan solo importa mirar en el lugar adecuado para encontrar las respuestas. Estas experiencias vividas, todos los países cruzados, con sus distintos idiomas y culturas, con sus problemas y conflictos, con su pobreza y su riqueza desmesurada en algunos casos, me han mostrado el camino.

Durante estos últimos días he leído sobre la situación de los refugiados sirios y sobre la pobreza en la que viven muchos turcos, pakistaníes y afganos en Estambul que me han hecho reflexionar en profundidad. ¿Qué puedo hacer yo? ¿Qué puedo aportar yo al mundo con mis medios? Tras varios correos enviados a varios establecimientos y personas en Turquía en busca de alguna oportunidad de voluntariado interesante en la que realmente pueda hacer algo de provecho, he decidido dirigirme a Estambul ya que he conocido a Appo, un joven chico quien me ha puesto en contacto con una comunidad de jóvenes quienes se ayudan entre sí a través de las redes sociales. No faltan personas necesitadas en la ciudad, lo que falta es gente para ayudarlas. Yo quiero intentar hacer algo por ellos, creo que es momento de devolverle al mundo una parte de lo que me ha dado durante todo este tiempo si se puede decir así. Para que pueda llevar a cabo una idea que todavía no le he contado a Fuji, algunos me han ofrecido trabajo remunerado en alojamientos costeros antes de la gran ciudad, y otros, trabajo a cambio de alojamiento. También alojamiento a cambio de ayudar en un refugio para animales a las afueras de la ciudad y varios otros tan solo alojamiento a cambio de nada. He escogido ir a casa de Ozkan, un joven turco quien me ha ofrecido quedarme en su casa el tiempo que yo quiera. No habla inglés aunque unas pocas palabras me han bastado para decidirme. "My house, your house. No problem"

- **Fuji, me gustaría...**
- **Me parece buena idea, estoy segura de que lograrás hacer algo grande.** Interrumpe ella.
- **¿Cómo?**
- **No hace falta que me cuentes tus ideas, soy parte de ti, te conozco.**
- **¿Entonces ya sabes que es lo que me gustaría hacer una vez llegados a Estambul?**
- **Si, y creo que es la mejor forma de acabar el viaje.**
- **Pero...**
- **No te preocupes por mí, todo va a salir bien.**
- **Gracias Fuji.**

**20 de julio de 2015**

Mientras ayudaba a reparar un pinchazo en la rueda delantera de la bicicleta de Martin, un señor de pelo canoso, alojado en el mismo camping que yo, me decidí a llegar a Estambul por la carretera D100. La más directa y la menos aconsejada por su gran afluencia de tráfico y sus múltiples vías por las que circulan miles de coches a altas velocidades. No sé por qué, pero quiero verme envuelto por miles de coches y sentir desde el asfalto la vida de una de las más grandes ciudades del mundo con sus catorce millones de habitantes. Vi en el rostro de Martin una sonrisa de oreja a oreja cuando montó en su bicicleta tras arreglar el pinchazo. Volvió a ser niño sobre su bicicleta. No hay duda, son máquinas de felicidad.

El viento sopla con fuerza en el día de hoy, ralentizando mi marcha hacia la frontera turca. Aunque sudoroso, bajo un intenso sol, llego hasta ella. Tiendo mi visado al agente de aduana turco con una gran sonrisa. Este, lo mira detenidamente junto a mi pasaporte, me mira a los ojos fijamente, vuelve a mirar el visado y me vuelve a mirar seriamente mientras dice en un inglés perfecto "Your visa is not valid". ¿Cómo que mi visado es invalido? Me pregunto en silencio, estupefacto. El agente me muestra el visado señalando con su dedo la fecha de entrada al país que yo escogí cuando hice la demanda. El veinte y dos de julio es el día que quise entrar en Turquía y según me dice el agente, estamos a veinte. He llegado dos días antes de lo previsto, ni siquiera me acordaba de la fecha. "I am sorry, I am stupid" le digo tocándome el pecho. Y es que soy estúpido, como no había verificado la fecha antes de pedalear hasta aquí... Llamen a otro agente, quien me vuelve a decir lo mismo sobre mi visado y al que yo le vuelvo a decir que soy estúpido y que lo siento. Este, le dice algo en turco al otro, quien saca un sello para golpear con destreza mi pasaporte mientras ya me imagino volviendo atrás para buscar alojamiento por dos noches. Aunque eso no va a suceder. El agente me tiende el pasaporte y el visado a la vez que dice "Welcome to Turkey, have a nice trip". Así pues, tras dos casetas más con más agentes a quienes tiendo mi pasaporte y me hacen algunas preguntas más, entro al fin en Turquía. ¡Gracias!

La carretera es ondulada, el viento es fuerte y el calor aprieta más que nunca. Avanzo lentamente y en silencio estos primeros kilómetros en tierras turcas con la mirada posada en los vastos campos que me rodean. Es árido, es extraño. Pasaré la noche a las

afueras de “Kesan”, en un viejo hotel con todas las comodidades necesarias. Sigo el sonido emitido por los altavoces de la mezquita a la hora del rezo. Por un instante me invade una sensación casi de claridad y veo el mundo desde otra perspectiva. Me doy cuenta de que estoy en Turquía, lejos de casa, pero en casa a la vez, estoy fundido en el decorado de este lugar, soy parte de él, soy parte de ellos. Soy el mundo visto desde arriba. Es una sensación única.

**23 de julio de 2015**

Siento como si las costumbres del pueblo turco hubiesen sido también las mías en alguna otra vida que ahora no recuerdo. Hay algo aquí que no logro describir, no logro entender. Es como si ya hubiese estado en este país. Lo mismo sentí en Bosnia y Herzegovina. Es una sensación de bienestar, de confort, de bonanza... ¿Existirá la reencarnación? Me pregunto al no saber de dónde vienen estos sentimientos. ¿Habré vivido aquí en algún momento? ¿Quién puede saberlo? Los rasgos en los rostros de las personas han cambiado con el paso de los días, las comidas, costumbres, colores y olores también.

Estambul está cerca en mi mente, y no tan lejos en la distancia. Hacia allí me dirijo por carreteras de varios carriles en las que es imposible perderse. Líneas rectas valonadas en las que el viento no deja de quitarme energía. Físicamente estoy cansado, y por momentos, mentalmente destrozado. Si lo que buscaba era ponerme a prueba, creo estar consiguiéndolo. Por momentos me he bajado de la bicicleta y caminado varios kilómetros, pensando que quizás sería más fácil, aunque no lo ha sido. Caminar hacia el horizonte, tumbarme en el arcén de la carretera a la espera de algo que no vendrá.

**-No puedes rendirte ahora,** dice Fuji cuando mi cuerpo yace inmóvil en un camino de tierra junto a la carretera a la espera de que cese el viento.

**-No me rindo...** susurro.

**-Estamos muy cerca de Constantinopla, estamos cerca de lo que hemos salido a buscar, y más cerca que nunca de lo que llevamos dentro.** Oigo en mi mente.

Afortunadamente, uno siempre se cruza con personas bondadosas durante la aventura. Un té, un sorbo de agua, un pedazo de fruta, un rato en la sombra junto con desconocidos. Son momentos en los que uno se da cuenta de lo que es importante y lo que no en la vida. Viajando, uno descubre el mundo, y se descubre a sí mismo. Los momentos duros son valiosos, los momentos fáciles, tan solo fáciles. Estos últimos días, han sido quizás los más duros de todo el viaje. Así lo quise yo desde el principio. Siempre quise llegar a mis límites, para salir victorioso. Y aunque todavía quedan varios días de turbulencias,

sé de antemano que todo esto me hará más fuerte. Recuerdo imaginarme deambulando por tierras casi desérticas cuando planeaba el viaje hace ahora varios meses, y aquí estoy ahora.

*“¿Suceden las cosas por azar, o quizás nosotros atraemos ciertos acontecimientos? ¿Quise yo alguna vez sufrir en una lucha constante en contra del viento para llegar más allá de lo que un día imaginé? Si, nunca soñé en que esta aventura fuese fácil, soñé en que habría momentos duros, momentos de lucha interna, física y mental. Quise desde un principio vivir momentos duros durante el camino, para ponerme a prueba, para hacerme más fuerte, para salir victorioso. Aquí estoy ahora, peleando contra todo lo que me frena aún sin poder detenerme. No pienso abandonar, no pienso dejar de pedalear. Así pues, la victoria está asegurada.”*



**26 de julio de 2015**

Llegar a Estambul en bicicleta es una locura. Hay que estar concentrado al cien por cien a cada instante, mantener una trayectoria estable y no dejarse intimidar por los miles de coches que circulan por todas partes. Llego por la “Kennedy Road”, bordeando la antigua ciudadela hasta llegar al centro. El bullicio de la gente es impresionante. Los barcos vienen y van hacia todas partes y los transeúntes caminan como hormigas en todas las direcciones. Los olores, colores y sonidos se mezclan para que uno sienta por dentro la ciudad. “Esto es increíble” digo en voz alta mientras camino entre cientos de personas con Fuji a mi lado. Mis ojos van de un lado para otro, veo la vida de esta ciudad gigantesca a cámara lenta. Me detengo junto al puerto para observar una impresionante mezquita que no deja indiferente a nadie. Le pido a un transeúnte que me saque una fotografía. Quiero inmortalizar el momento más allá de los recuerdos. Quiero verme a mí mismo a través del objetivo de la cámara en este momento glorioso que es para mí el haber llegado a Estambul con Fuji, por mis propios medios.

Cruzo el puente Gálata y me paro a comer algo en un pequeño restaurante para hacer tiempo hasta la hora en la que he quedado con Ozkan, mi anfitrión. Mientras como tranquilo pasa un hombre corriendo entre las mesas, se le caen las gafas pero no se detiene a pesar de los gritos del camarero. A los pocos segundos entendemos el por qué, le persiguen otros tres hombres... Parece ser algo normal ya que nadie le presta mucha atención. Quizás haya sido solo un robo menor.

Voy acercándome poco a poco al lugar de encuentro, son calles empedradas en las que camino tranquilamente hasta que me pierdo. Tengo localizado el lugar en el mapa pero no encuentro el “café Rostiya” donde debería estar. El lugar está alejado del centro. En uno de los callejones por los que paso me cruzo con un grupo de unos quince policías armados y protegidos con chalecos y escudos. Envío un mensaje a Ozkan gracias a la conexión Internet de un bar pero no logramos entendernos a causa del idioma. Le pido a la camarera si podría llamarle de mi parte y así lo hace, entonces me indica donde ir. Cien metros más abajo en la misma calle está Ozkan esperando con una gran sonrisa.

Entramos a su casa y me presenta a Berat, su compañero de piso y redactor de un periódico local. Pasamos unas dos horas traduciendo palabras para comunicarnos. Parecemos monos, miles de gestos de manos que se alzan y se tocan el cuerpo, palabras sueltas y muchas risas. Compartimos gustos musicales y opiniones en general. Me cuenta que dos calles más abajo se encuentra un barrio delicado y por eso la presencia policial en esta zona. Me aconseja no adentrarme solo. No lo haré.

A partir de ahí todo sucede muy deprisa. Salimos en busca de Hakan, el posible comprador de Fuji con quien contacté unos días atrás. Lo encontramos y volvemos a casa para que vea la bicicleta. No tiene dudas y la compra directamente. Le quito las mochilas y todas mis pertenencias con manos temblorosas. Estoy nervioso. Le quito el peso que lleva transportando desde hace tres meses. Le quito también el sillín Brooks que tanto ha costado formar con el paso de los kilómetros y que ahora está perfectamente adaptado a mi trasero. Hakan llevaba buscando esta bicicleta casi un año por Internet y cree que he sido enviado hacia él. Este hombre no cree en las casualidades. Es sin duda alguna, la mejor persona para cuidar de mi amiga a partir de ahora.

Aprovecho que Hakan habla inglés para que le traduzca varias cosas a Ozkan. Luego marchó con Hakan a tomar algo en las calles de la ciudad, dejando todas mis cosas en casa de Ozkan, quien acabo de conocer pero en quien confió plenamente. Nos encontraremos más tarde en el “café Rostiya” junto a otros amigos suyos. Conozco a la mujer de Hakan y a una amiga de ellos que también ha venido a la ciudad en un largo trayecto para recoger la bicicleta. Charlamos sobre viajes y no dejan de hacerme preguntas sobre mi experiencia, sobre mi vida en Andorra y muchas otras cuestiones. La charla es agradable, y con cada palabra que pronuncian mejor me siento por haber tomado la decisión de vender a Fuji. Cada vez creo yo también menos en las casualidades. ¿Estaba todo esto escrito? Puede que sí.

Me acerco a Fuji y apoyo mi mano sobre el manillar. Se detiene el tiempo por completo. Y aunque de mi boca no salga palabra alguna le digo desde mi corazón:

**- Gracias por todo Fuji, mil veces gracias amiga mía, me has hecho mejor persona. No olvidaré jamás todo lo que hemos vivido juntos.**

A su vez, me susurra para que tan solo yo pueda oírla:

**- Gracias a ti compañero, he visto más de lo que nunca hubiese imaginado. Soy la bicicleta más afortunada del mundo. Francesc, ve tranquilo porque todo va a salir bien.**  
**- Gracias Fuji.**

Mientras camino por la inmensa calle abarrotada, abriéndome paso entre la multitud, me siento bien, siento el calor, y el calor de la gente, los olores de las comidas de los puestos ambulantes y las voces de los que reclaman la atención de los turistas. Siento que todo esto tiene sentido a pesar del dolor que siento por haber vendido a Fuji. Tiene sentido, no lo dudo. Compré a Fuji para realizar mi sueño, y ahora le toca a otra persona recibir la felicidad que produce andar con esta bella máquina. Gracias a este intercambio tengo un dinero con el que voy a intentar hacer algo bueno, quiero devolverle al mundo parte de lo que me ha dado todo este tiempo. Ozkan está al corriente de toda la historia y ya me dijo esta tarde que conoce varios lugares donde podríamos ayudar a personas sin hogar, niños y no tan niños, refugiados de la guerra e emigrantes olvidados. Estoy ansioso por ello. Quiero hacer algo bueno por todos estos desconocidos. Todo tiene sentido, todos salen ganando en esta historia.

Me dejo llevar el resto de la tarde. Conozco a Baran, Ipek, Simil, Selma y varias personas más con las que comparto mi primera noche en Estambul. En lo alto del barrio de Taksim, en un pequeño parque donde nos sentamos sobre la esponjosa hierba para disfrutar de las mejores vistas de la ciudad. Cantan, reímos, charlamos, bebemos y compartimos el silencio cuando todos fijamos la vista sobre las iluminadas mezquitas que están por debajo de nosotros. Algunos barcos siguen navegando caída la noche, algunas gaviotas se dejan ver en el cielo estrellado gracias a sus sombras...

**- ¿Por qué confías en Ozkan?** Me pregunta Selma.  
**- Porque él confía en mí.**

**2 de agosto de 2015**

Han pasado varios días desde mi llegada a esta inmensa ciudad en la que me siento cada vez mejor. A pesar de algún día duro por el calor y dolor de estómago, quizás a causa de algún alimento al que soy sensible, todo ha sido perfecto. He bebido cientos de té en muchos rincones de la ciudad, mantenido charlas de todo tipo con personas de muchos lugares. He enseñado inglés a ratos y he aprendido turco también. Hemos paseado durante horas y horas para descubrir bellos rincones. He tomado un barco por el Bósforo y he visitado la parte asiática de la ciudad. He celebrado mi cumpleaños con mis nuevos amigos y bailado bailes ancestrales con todos ellos. He probado comidas y bebidas y reído a más no poder. Y a pesar de que ya no pedalee más, mi viaje no ha terminado todavía. Sigo creciendo y viajando conforme pasan los días gracias a estas personas tan hospitalarias que me rodean, el camino nunca termina. Tan solo cambia de forma.

He hecho amigos turcos y kurdos con los que he compartido historias y charlas de lo más interesantes. Algo de historia, religión y política. Sobre los recientes atentados de “Mehmet Suruç” en los que muchas vidas se perdieron no hace mucho tiempo atrás, incluidas las de amigos de algunos chicos de aquí. He vaciado por completo las maletas y regalado todo aquello que ya no voy a necesitar, incluida la mayoría de mi ropa, para donarla tanto al hombre que vive bajo el puente que hay para llegar a casa de Ozkan como a aquel que lo necesite. Y hoy, el dos de agosto de dos mil quince, en el sofá de casa de Ozkan y en todo el salón, hay decenas de bolsas que hemos preparado durante los dos últimos días y que serán repartidas por la ciudad a las personas sin hogar, tanto niños como adultos. Hemos logrado comprar con los casi 300 euros de la venta de Fuji más el dinero que me envió mi amiga Raquel desde Andorra cuando le conté lo que estaba haciendo, unos 170 pares de calcetines, unas 90 camisetas, 80 boxers y varios paquetes de barritas energéticas y bolsas de dulces. Hemos preparado las ochenta bolsas sabiendo que habrá niños y adultos. Gracias a Ozkan y su don de negociante hemos obtenido los mejores precios de la ciudad. Gracias a la ayuda de Ipek pudimos llevarlo todo a casa y preparar todas estas pequeñas bolsas que ahora esperan a ser repartidas en el barrio de Taksim.

Son las nueve de la noche y van llegando amigos de Ozkan para ayudarnos. Ozkan, Berat, Fatih, Barash, Burak, Vedat y varias personas más charlamos unos minutos mientras decidimos como nos vamos a organizar. Hacemos dos grupos, fijamos un punto de encuentro para dentro de dos horas y salimos a las calles del barrio de Taksim para repartir estas pequeñas bolsas.

Me tiemblan las manos, estoy nervioso, ansioso. Veo a los lejos, en una calle estrecha, una anciana sentada a la espera de alguna moneda por parte de los cientos de transeúntes que ignoran su presencia. Me detengo, busco una de las bolsas con ropa de talla adulta y me acerco a ella poco a poco mientras mis amigos turcos quedan detrás observantes. Le tiendo la bolsa y aun sin haberla llegado a agarrar, en su rostro veo como se dibuja una humilde sonrisa. “Que Dios te bendiga” me dice en turco. Miro hacia atrás cuando nos marchamos del callejón. ¿Cómo ha acabado ella aquí? ¿Dónde dormirá esta noche? ¿Por qué esos Dioses en los que las personas creen no bajan aquí y hacen justicia en este mundo? Callejón tras callejón, no son tan solo adultos los que aguardan unas monedas o algo de comer, sino que también hay niños. Algunos no tienen más de cinco años, unos tan solo tienen un pantalón, una camiseta y un vaso de cartón vacío. Sentados, viendo pasar los miles de turistas día a día, con sus bolsas llenas de suvenires, con sus helados y estómagos llenos de nuevos sabores. Uno siente dolor al prestar atención al sufrimiento de estas personas, ¿será por esto por lo que todos lo ignoramos? No lo entiendo... ¿Porque aquellos que tienen los medios de cambiar el mundo no lo hacen?

Después de un par de horas recorriendo algunas calles nos encontramos todos en el “Otekiller Café” para una pausa. Mientras hacemos balance y compartimos la experiencia de los dos grupos que hemos formado se acerca una niña de apenas diez años a pedir unas monedas a la mesa. Enseguida le entregamos dos bolsas. Al ver su rostro y su delgado cuerpo, vagabundeando por las calles de la ciudad a estas horas de la noche, entiendo más que nunca que el mundo está del revés. Me cuesta contener las lágrimas... Nos volvemos a dividir, esta vez marchó con Barash y Fetih hacia el barrio más pobre de la ciudad. Un lugar desaconsejado incluso para la gente local. Me esperaba a ver pobreza pero no a este extremo. En las calles apenas hay alguna farola parpadeante, desechos esparcidos en el suelo, silencio, olores extraños y en medio de la oscuridad encontramos a dos chicos pakistaníes durmiendo en un colchón en la acera. Barash se acerca y les tiende dos bolsas, charlan unos minutos

y estos le cuentan que vinieron a la ciudad desde su país en busca de una vida mejor y su empleador apenas les ofrece un sueldo digno con el que poder comer y no tienen a donde ir en estas calurosas noches de verano. No quiero imaginar por lo que pasaran en invierno...

*“Esta es la cara oculta de la ciudad, de esta y de muchas otras a través del mundo. Aunque quizás no esté oculta, sino más bien ignorada por todos nosotros.”*

*“Estoy donde debía estar, eso es lo que siento ahora. Es algo que no sabía ni siquiera unas semanas atrás, cuando esta ciudad no entraba en mis planes, pero algo me ha traído hasta aquí. Por casualidad quizás, o por destino tal vez, he llegado hasta aquí. De no haber conocido a Appo por Internet, ni a Ozkan, quien sabe dónde estaría en estos momentos. ¿Quizás en algún otro lugar de este inmenso país, o en otras tierras lejanas?*

*Ipec me dijo esta mañana que si un vaso a de romperse, se romperá. Tan solo cambia la historia previa hasta que este se rompe. Lo mismo sucede con todo. Yo debía llegar hasta aquí y existían cientos de maneras de hacerlo aun si yo saberlo. Pero he llegado. Me gusta reflexionar sobre estas cuestiones de vez en cuando. Ahora, mientras otro té aguarda a que lo endulce y lo deguste me digo que yo no escogí a Estambul, sino que Estambul me escogió a mí. Estoy dónde debía estar. Lo he encontrado.”*



Mi gran amigo Ozkan Ekinci no ha querido despedirse de mí, ya que según él, no hay que despedirse de alguien a quien vas a volver a ver. El futuro es incierto, algunos dirán que está escrito, y otros, que no lo está. Sin embargo, el pasado es lo único que no varía. Está ya escrito, vivido y recordado. Yo, siempre recordaré esta aventura que llega a su fin mientras tomo un último té kurdo a orillas del Bósforo. No olvidaré jamás esta experiencia única que ha sido cruzar el continente europeo sobre dos ruedas. He aprendido valiosas lecciones que han cambiado mi manera de ver el mundo. He cambiado, sin duda alguna, para mejor. He encontrado lo que andaba buscando a la vez que nuevas preguntas se han generado en mí. Me pregunto si volveré a ver a todas estas fantásticas personas con las que me he cruzado alguna vez. Me pregunto si volveré algún día a esta gigantesca ciudad... Quien sabe. Haber terminado el viaje aquí, y de esta manera, ha hecho que me cuestione muchas nuevas cosas.

*¿Qué puedo hacer yo para ayudar al mundo al mismo tiempo que me ayudo a mi mismo?*

**... UN AÑO MÁS TARDE ...**

**16 de mayo de 2016**

Recuerdo todavía como si fuese ayer, el momento en que enfrente de mí se alzaba esta majestuosa ciudad que nos daba la bienvenida a Fuji y a mí, mi compañera de viaje. Me sentí pequeño en sus calles, diminuto, pero al mismo tiempo me sentí grande y poderoso, porque llegué por mis propios medios hasta el corazón de la antigua Constantinopla. Fue un viaje en bicicleta increíble en el cual aprendí grandes lecciones. Algo que no olvidaré jamás.

Ha pasado prácticamente un año desde que crucé el continente europeo sobre dos ruedas y hay que decir que el tiempo ha pasado volando. La ciudad ha cambiado, los recientes atentados han afectado al turismo aunque no es motivo para alarmarse. La vida continúa y la ciudad seguirá siendo eterna gracias a sus habitantes, a su optimismo y a su hospitalidad desmesurada hacia los extranjeros.

El pueblo turco es increíble. Ozkan tenía razón, él me lo dijo. "No me despido de quien voy a volver a ver". El reencuentro con las amistades ha sido grato, volver a ver a quienes me acogieron en sus casas ha sido emocionante. Aquí hay grandes personas que hacen de esta ciudad una gran ciudad. Un lugar único al que he vuelto porque parte de mí vive en sus calles. Siento como si en otra vida que ahora no recuerdo hubiese vivido junto al Bósforo y preparado té a todas horas del día para saciar la sed y combatir el calor. Quien haya estado en Estambul alguna vez sabrá que aquí hay algo especial, en sus muros, en sus monumentos y en las personas. Las culturas se fusionan aquí y forman algo único. Tomar un té a pequeños sorbos en "Rostiya", charlar de mil y una cosas a la vez mientras el sol crea formas con las sombras y los ruidos de la ciudad se convierten en melodías es precioso. Son experiencias únicas.

He vuelto, para volver a disfrutar de todo esto, para seguir descubriendo la ciudad y para emprender un nuevo proyecto.

Durante este último invierno he estado recaudando dinero con el fin de ayudar a quienes pueda durante mi vuelta a la ciudad. Y parece ser que todo está cobrando forma, gracias a los buenos amigos que ahora tengo aquí hemos contactado con varias personas y organizaciones con las que estamos interesados en colaborar. Mañana empezamos las visitas a estos centros con la esperanza de encontrar el lugar perfecto y sacarle el máximo provecho al dinero recaudado que hasta la fecha de hoy es de 642,75€. Es gracias a donaciones de amigos cercanos y alguna que otra donación anónima y también gracias al

bote de propinas del taller donde trabajo en "Slidewayz" que ha sido destinado a este proyecto por lo que se va a llevar a cabo todo esto. Me llena el corazón tener a los amigos que tengo, porque son realmente increíbles. Sus generosas aportaciones hacen que todo esto sea posible. Aquí, con muy poco se puede hacer mucho. Y con estos 642,75€ estoy seguro de que vamos a hacer algo increíble. Estoy emocionado.

**18 de mayo de 2016**

Aziz" Nesin, de familia humilde y criado en la pobreza, conocedor de las cárceles y del exilio, cambió la vida de cientos de jóvenes y lo seguirá haciendo por mucho tiempo gracias al legado que este peculiar hombre dejó para las futuras generaciones. Tras su paso por el ejército, y su llegada a Estambul dónde dedicó su tiempo a llevar un comercio, descubrió su pasión por la escritura. Empezó pues a escribir historietas para algunos periódicos locales en los que cambió de seudónimo repetidamente para que sus obras tuviesen continuidad y evitar así cualquier tipo de problema. Su manera de ver y entender lo que le rodeaba, y las palabras que usaba para describirlo lo hicieron famoso y es ahora un icono en la sociedad turca. Su humor satírico, su don natural para escribir y su humanismo lo convirtieron en un escritor de renombre con el paso de los años y terminó su vida habiendo escrito más de un centenar de libros en los que se pueden sentir su gran amor por la humanidad.

Su gran devoción por la juventud le llevó a abrir en 1972 la fundación Nesin, a las afueras de Estambul. Una casa de acogida para los niños más necesitados en donde pueden vivir libremente hasta la edad adulta, o bien, hasta que estén listos para afrontar la vida con todos sus retos y dificultades. Desde que se fundó, han pasado por este "pequeño paraíso" cientos de niños que son ahora personas mayores con carreras, mentes abiertas y grandes corazones. Nesin otorgó todos los derechos de sus obras literarias, así como los derechos de todo lo que envolviese su nombre a la fundación, para que tras su muerte en 1995, durante un evento literario en el que su corazón dejó de latir, la fundación continuase latiendo por largos años. Fue enterrado en un lugar secreto en el terreno propiedad de la fundación y sin realizarse ningún tipo de ceremonia. Así lo quiso Nesin. "No quiero ser enterrado bajo ninguna lápida que pueda asustar a los niños"

A día de hoy, la fundación vive gracias a los ingresos de los derechos de sus obras, de la renta de algunas propiedades también propiedad de Nesin que dejó a la fundación y de donaciones tanto materiales como económicas. Los 45 privilegiados niños que viven a día de hoy allí, han sido meticulosamente seleccionados de entre las familias más pobres de la región. "Ojalá pudiésemos acoger muchos más" dice Digidem. Pero no tienen medios para ello. De momento, pueden asegurar la educación a estos 45 corazones latentes y jóvenes hambrientos de conocimientos para que lleguen lejos en la vida. En

algunas ocasiones, algunos niños quisieron marcharse antes de estar listos para la vida laboral, aunque no se les permitió. ¿Pero sabéis porque querían marcharse estos chicos? Tan solo para que otros niños pudiesen ocupar su lugar y tener una educación y una oportunidad para salir adelante. Si esto no es altruismo, no sé qué puede ser lo.

Tras leer y charlar sobre Nesin y su fundación, tras varias llamadas más y visitas a otros lugares, decidimos que el lugar escogido es la fundación del escritor "Aziz" Nesin. Allí queremos destinar nuestra ayuda. La votación fue unánime. Así pues, emprendemos un viaje de varias horas hacia las afueras de la ciudad, las esperas en los andenes son largas, el tráfico intenso, Estambul es gigantesca y el caos reina en la carretera. Circulamos por la carretera D100, la misma por la que llegué yo a Estambul en bicicleta hace ahora un año, no puedo evitar sonreír al recordar todo aquello.

Llegamos pasado el mediodía a "Çatalca", el pueblo más cercano a la fundación donde compraremos todo lo necesario. Digidem nos ha facilitado una lista con las necesidades del centro anuales. Comida, productos de limpieza, artículos de papelería... De todo un poco. Ozkan, Kamil, Bahar, Dilara y yo, decidimos añadir a la lista de la compra artículos deportivos y juguetes para los más pequeños. Empiezan a llenarse los carros, uno tras otro los llenamos hasta arriba mientras debatimos en que cosas les gustaran más a los chicos o a las chicas. El pequeño supermercado se colapsa con nuestra presencia y la gente mira curiosamente los 7 carros llenos acercarse a la caja. Y todavía nos quedan los juguetes y artículos deportivos...

Pasadas casi dos horas, viene una furgoneta a recogernos ya que ni queriendo podríamos llevar todo esto hasta la fundación por nuestros propios medios. Se llena en cuestión de minutos haciendo que la suspensión se encoja. No hay sitio para todos así que Ozkan y Kamil toman un bus. Cuando ya estamos en la entrada de la fundación, nuestro chófer, voluntario de la fundación desde hace años, señala con la mano el edificio principal y me dice orgulloso "Paradise for childrens" (El paraíso para los niños). Nos encontramos con Digidem, la responsable, quien nos da la bienvenida y ayuda a descargar las decenas de bolsas de la furgoneta mientras charlamos sobre el centro. De ahí nos hace una visita guiada a las instalaciones hasta llegar a un pequeño despacho donde charlamos tranquilamente sobre su misión y nuestro proyecto.

Tomamos té mientras escuchamos atentos historias y curiosidades del fundador de este paraíso. El hijo de Nesin, Ali, es ahora matemático y tras mucho esfuerzo también ha seguido los pasos de su padre. Ha abierto un centro similar a este aunque más enfocado hacia las matemáticas. "Mathematics Village" así pues sigue el camino que su padre estableció para crear un futuro mejor para los niños y niñas de este gran país. Aquí, se aprende a vivir en comunidad y a respetar a los demás, se les enseña libremente a creer en lo que ellos quieran, no se les impone nada en absoluto en cuanto a religiones. La gran biblioteca disponible a todas horas cuenta con miles de libros sin censuras. Aquí no hay límites como en otros centros que disponen de ayudas gubernamentales y donde todo está controlado. Aquí, la libertad no es algo ilusorio, es real.

Desafortunadamente, no hemos llegado a tiempo para poder conocer a todos los chicos del centro, hemos perdido tiempo con el tráfico y tardado mucho para comprar las cosas. Casi todos los niños están fuera haciendo actividades y talleres, no volverán antes de la noche y nos espera un largo camino de vuelta a la ciudad. No me siento decepcionado, tan solo un poco triste por no poder conocerlos a todos ellos. Aunque me basta con la sonrisa de una de las más pequeñas niñas del centro quien corretea de aquí para allá con una sonrisa en su rostro. Me basta con ver jugar a algunos de los niños en el parque y ver y sentir que aquí pueden tener una infancia como es debido. Me basta con saber que lo que hemos hecho hoy ha sido algo precioso y nos sentimos orgullosos de haber colaborado para que las vidas de estos jóvenes sean más amenas. Es nuestro granito de arena. Nos sobran doscientas diez liras turcas que donamos en efectivo a la fundación. No cabía nada más en la furgoneta y creemos que estás pocas liras serán también de ayuda.

"En nombre de todos los niños os damos las gracias, estoy orgullosa de conocerlos" dice Digidem cuando se estrechan nuestras manos. "Es increíble que venga alguien de un país tan lejano como Andorra para ayudar a nuestra causa, gracias Andorra"

El camino de vuelta es largo, aunque no queremos marcharnos sin antes disfrutar como lo hacen los niños. Ahora nos toca a nosotros corretear por los jardines, subirnos en un viejo Volkswagen escarabajo todos juntos y simular que viajamos a nuevos horizontes. Volvemos a ser niños por un momento, aunque quizás nunca hayamos dejado de serlo.

La vuelta es alegre, decidimos probar el autostop. Siendo cinco personas creo que será complicado aunque tan solo pasan dos minutos cuando se detiene un camión gigantesco en el que nos subimos y sentamos en la cabina apretujados mientras reímos con el

conductor. "A Andorra" le decimos. "Claro que si" contesta el conductor. Nos subimos también en un pequeño automóvil otros kilómetros más para terminar tomando un pequeño bus que nos llevará al centro de la ciudad... Hoy nos sentimos orgullosos de lo que hemos hecho, nos sentimos vivos.



No sé qué más puedo decir, a veces no logro encontrar las palabras adecuadas para describir ciertas cosas. Tan solo se me ocurre terminar dando las gracias a quienes me han ayudado en este proyecto, gracias a los amigos turcos, gracias a la vida, gracias a Aziz Nesin por su legado, gracias al pueblo turco, gracias a todos y gracias a Fuji, quien me mostró el camino. Estas acciones le dan más sentido a la vida de cualquier ser humano. Sin duda alguna, esto es parte por lo que uno viene al mundo. Y sin duda alguna, esto no termina aquí ¿Estáis listos para lo que venga en un futuro?  
Yo si, estoy listo.

Teşekkürler

## **Agradecimientos:**

Gracias a Joan Manel Zamora, a Oliver y Alex Kinchella, a Nahami y Roberto, a Adriana, a Tyler Chorlton, a Monica y Aingeru, a Raquel y a Mariona por vuestras aportaciones en esta aventura. Gracias a Baran, a Bahar, a Dilara, a Kamil, a Çan, a Tamur, a Selim y a Ipek. Todos vosotros quienes me habéis acogido en vuestra fabulosa ciudad y ayudado en mi camino. Gracias a Sejo y a toda su familia y gracias a todos los que me habéis ofrecido refugio en todos los países que he tenido la suerte de visitar. Gracias a “Slidewayz” y gracias a Merlín, David y Ana.

Termino este libro un año después del viaje en bicicleta y unos meses después de mi vuelta a Estambul para ayudar en la fundación “Nesin”. Han sido largas horas frente a la pantalla intentando explicar a mi manera todo aquello que he vivido. Ha sido duro pero gratificante. Ha sido un viaje al pasado, a los recuerdos almacenados en la memoria que siguen vivos y que tanto me hacen querer volver a salir a la aventura. Y es que volveré a salir a por mis sueños, no lo dudo. A pie, en bus, en tren o quizás vuelva a salir en bicicleta, ya que gracias a mis amigos ahora tengo una nueva maquina de crear sonrisas con la que salir a pedalear por el mundo. Quiero que las últimas palabras de este libro sean para vosotros quienes estáis a mi lado día tras día, familiares y amigos.

*“Solo soy, pero con vosotros soy más”*



## **ACERCA DEL AUTOR**

Nacido en el principado de Andorra en 1986, Francesc Zamora siempre sintió curiosidad por ver el más allá del horizonte, por otras culturas y religiones. Esa curiosidad le ha llevado a través de los años a viajar a decenas de países en muchos medios de transporte distintos, aunque su favorito siempre será la bicicleta. Desde el año 2015 viene realizando proyectos humanitarios financiados gracias a sus aportaciones personales y a las donaciones de amigos y familiares quienes siempre le apoyan vaya dónde vaya. Todos sus libros en formato electrónico siempre han sido completamente gratuitos y los que han sido impresos y vendidos han servido para recaudar más fondos para dichos proyectos.

**Pàgina web:**

<http://elobservadorobservado.com/>